HUGO LINDO

GUARO Y CHAMPAÑA



COLECCION CONTEMPORANEOS

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
DEPARTAMENTO EDITORIAL
1961

COLECCION CONTEMPORANEOS
2

GUARO Y CHAMPAÑA

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Primera edición
Tipografía La Unión
San Salvador, 1947
Segunda edición

Departamento Editorial
del Ministerio de Cultura
San Salvador, 1955

Tercera edición
Departamento Editorial
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1961

Impreso en sus Talleres
Pasaje Contreras Nos. 11 y 13. San Salvador,
El Salvador, Centroamérica.

HUGO LINDO

GUARO Y CHAMPAÑA

Ilustraciones de
Camilo Minero



MINISTERIO DE EDUCACION
DEPARTAMENTO EDITORIAL
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

¿QUE ES ESTO?

(PALABRAS EN LA 1ª EDICION)

RECOJO en este pequeño volumen, por insinuación afectuosa de algunos amigos, varios de mis cuentos y una crónica lírica (*), que no llegando a ser un cuento, sí puede llamarse relato.

Carece este tomito, en absoluto, de pretensiones. Tiende a satisfacer el deseo generoso de quienes me lo pidieron, y a facilitar, en alguna medida, la conservación de estos trabajillos literarios, que de otro modo, en hojas originales y recortes de publicaciones, tendrían una vida más efímera.

Bajo la rúbrica "GUARO", auno los relatos ásperos y regionales. El guaro es un licor regional y áspero.

Y a los otros trabajos, les llamo "CHAMPAÑA", no por ser exquisitos y refinados —que bien sé

(*) Esa crónica lírica, titulada *El cerro, la piedad y la poesía,* ha sido omitida por el autor en la presente edición.

que no lo son— sino por tener un color más desvaído y una forma no tan circunscrita al terruño patrio.

Si "Guaro y Champaña" logra entretener gratamente algunos momentos del lector, yo quedaré más que complacido.

HUGO LINDO.

San Salvador, Centro América.
Septiembre de 1947.

GUARO

RISA DE TONTO

UNA NOCHE sí, otra no, dormía Juan Francisco Pérez en lo que él llamaba "su casa".

"Su casa" no era casa, ni suya.

Era un "mesón", una de esas ex-casas grandes y semiderruidas, oscuras y fangosas, en donde habita la miseria.

El "mesón" tenía por nombre "Las Delicias", quizá por estar frente al mar, y en él vivía la misma fauna triste de todos los conventillos del mundo: la vieja gorda, asmática y hedionda que tapiza las paredes de su pieza con todas las estampas de santos que regalan las boticas; el niño lustrabotas, escuálido, ladrón a ratos, prematuramente entrenado en el deporte trágico del alcohol y en la sombría virilidad de las palabras cáusticas... No faltaba la prostituta de puerto, siempre a la espera de barcos para contaminar marinos, ni el chulo holgazán, que vive y muere explotando la sífilis de su mujer.

Juan Francisco Pérez y Rosario estaban allí fuera de su elemento. En realidad, lo que Juan Francisco ganaba como cobrador de la empresa de ferrocarriles, era suficiente para que los dos llevasen una vida un poco más digna. Pero no bastaba para tres, y Rosario no se habría conformado sabiendo que su pobre hermanito Julián, el tonto, estaba abandonado sobre el mundo.

Cierto que Julián reiría siempre, con esa risa desdentada y angustiosa... pero habría de sufrir mucha burla por la calle, y acaso el hambre lo acosara sin piedad.

Así y todo, Juan Francisco Pérez sentía el placer de estar junto a Rosario, y especialmente, el de pasar con ella los domingos, en vez de pasarlos en San Salvador, bebiendo o jugando naipes en una infeliz pensión para mientras llegaba la hora de acostarse.

—¡Esa vida de San Salvador...! —Solía decir con un acento a la vez temeroso y despectivo.

El puertecito de La Unión tenía para él mejores regalos. Allí estaban su Rosario y el mar, dos cariños grandes.

Julián no le era estorbo. El tontito se pasaba la vida en un rincón de la pieza, sin hablar con nadie, sin molestar por nada. Cuando le dirigían la palabra abría su par de ojos inexpresivos y preguntaba entonces alguna cosa simple, sin demostrar mayor interés por la respuesta.



Comentaba Juan Francisco, a veces, su extraña situación. Se quejaba de una sola cosa: de que el tren no pudiese regresar durante el mismo día a La Unión, y él se viese, por ello, forzado a pernoctar en San Salvador, que sobre no tener a Rosario ni mar, le exigía gastos extraordinarios.

—¡Esta es una vida a medias!... ¡Yo he nacido aquí y aquí me he criado!...

O si no, después de comer en "su casa":

—San Salvador me va a matar. Cada día se me hace más antipático...

Estas palabras caían en los oídos de Rosario como una piedra en el agua, formando en su alma una serie de ondas circulares y concéntricas en donde había, revueltos, pensamientos y emociones. Ella había visto acentuarse diariamente la fobia de su marido por la capital, y eso le daba placer y miedo, porque en parte era cariño hacia ella y en parte peligro para la salud de Juan Francisco.

Y así iba deslizando la vida.

Nunca ocurría nada nuevo.

El "mesón", carente siempre de noticias, no comentaba nada. Acaso, sí, algún chisme sobre la conducta de fulanita o los gritos recios y destemplados de un pescador borracho en día sábado.

Todos protestaban allí de su miseria a excepción de Julián, cuyos ojillos menudos y torpes parecían ser hechos para no ver nada, y de Pedro Vásquez, el hombre más extraño de todo el vecindario.

* *
*

De Pedro Vásquez no se sabía nada, o se sabía muy poco. Su vida estaba envuelta en una nebulosa que nadie lograra descifrar. Cayó en "Las Delicias" como pudo haber caído en otro conventillo cualquiera, y ya no se movió de allí, falto, quizá, de voluntad. Era Pedro Vásquez hombre culto. Tal vez fue profesor o periodista antes de que el alcohol lo tomara entre sus garras.

Pedro Vásquez hablaba de muchas cosas, y bien, con una despreocupación de hombre amargado. Se sabía el sér más importante, más humano, que a excepción de Juan Francisco y su mujer, vivía en "Las Delicias". Y sin embargo, siempre viérase a Pedro taciturno, como si la pereza le pesara sobre los hombros.

Desde un ángulo triste y desesperanzado veía Pedro Vásquez todas las cosas. Mas dentro de ese ángulo triste y desesperanzado, conoció un deleite. Un deleite que llenó en su existencia los huecos que el alcohol dejaba intactos.

Fue el deleite de envenenar.

Sin premeditación, sin maldad. Porque dejar caer palabras venenosas, de esas que todo lo alteran y lo ensucian, era la función de su espíritu venido a menos.

Aquellos que no lo entendían en el "mesón", es

decir, todos los inquilinos de "Las Delicias", creyeron, al principio, que Pedro Vásquez estaba loco. Era el único que pensaba, y, por lo tanto, el único que decía las cosas al revés. Y aunque el conventillo no lo comprendió, sintió pronto, sí, que Pedro Vásquez era indispensable en él. El destino de Pedro se reducía a romper ese equilibrio agotador de los pescadores borrachos, las viejas y las prostitutas.

Con nadie hizo Pedro amistad estrecha. Con nadie, excepto con Julián. Con ése sí; con el tontito.

Y sentado Pedro Vásquez a la puerta del conventillo, frente al mar, dijo alguna vez a quienes quisieron escucharlo:

—Después de mí, es Julián el sér más inteligente de esta casa.

Algunos del "mesón" se ofendieron.

Otros se limitaron a contestar:

—Son cosas del Pedro...

Pero hubo uno, Juan Francisco, a quien la frase de Pedro Vásquez hizo pensar.

—¡Si fuera cierto! ¡Si Julián fuese el más inteligente!...

Pedro vio, sintió que Juan Francisco pensaba. Y el saberse escuchado, quizá hasta interpretado, lo hizo continuar:

—En efecto: Julián es aquí, después de mí, el que mejor vive. No tiene preocupaciones ni penas, como todos los demás; se pasa la vida riendo, como si la

vida fuera cosa liviana... ¡Para eso hay tontos que trabajen por él!...

A Juan Francisco cayó esto último como un asalto de sorpresa. Vio todas las caras de los oyentes. En unas había signos de aprobación, en otras sello de asombro... Y corriendo la vista, los ojos de Juan Francisco hubieron de detenerse en el rostro de Julián.

Julián reía.

La cara pequeña y achatada se le veía más estúpida aún, con los párpados apretados y los gruesos labios, babeantes, tirados hacia las orillas, en una mueca de satisfacción animal.

Ahí hubiera parado todo, pero el corro se deshizo, llevando la mala semilla de Pedro Vásquez.

Cuando, una noche sí, otra no, tocaba a Juan Francisco quedarse a dormir en el puertecito de La Unión, no faltaba en "Las Delicias" quien recordase el incidente en son de burla.

Un día, Juan Francisco ya no pudo resistir.

Volvía del trabajo, agotado. La noche anterior, en la capital, había sido noche de desvelo y jolgorio. Sus nervios estaban tensos, próximos a estallar.

Cuando alguien repitió:

—"Julián es el más inteligente de todos nosotros"...

Reventó la catástrofe.

Juan Francisco entró silencioso, con la cabeza baja, pasando por el corredor angosto de ladrillos de

barro, a su pieza. Allí estaban Rosario y Julián, el tonto. Ella zurcía algo, y tenía a los pies su cesta de labores. El, escondido en el más apartado rincón, de cuclillas en el suelo, se divertía con las moscas que el verano había echado a zumbar en el aire, y reía... reía... despreocupado... libre...

Juan Francisco lo vio. Sintió repulsión por la cabeza chica pelada al rape y por la cara hinchada, y por el cuerpo adiposo del pobre Julián...

—¡Esto no puede continuar!...

Rosario alzó los ojos de su labor:

—¿Qué?

—¡Esta vida! ¡Esta perra vida! ¡Estoy trabajando para mantener a este holgazán!

—¡Juan Francisco! —protestó ella.

—Sí, para mantener a este holgazán, que es más inteligente que todos nosotros, como dice Pedro Vásquez...

—¡Juan Francisco! —tornó a decir ella, con voz que era a un tiempo de reproche y de súplica—. ¿No te das cuenta de que el pobre es tonto?

—¡Tonto! ¡Pregúntale a Pedro Vásquez! ¡Pregúntame a mí, que trabajo para darle de comer, que sacrifico tu vida y la mía en este mesón de m...!

A medida que subía el tono de voz de Juan Francisco, Julián olvidaba sus moscas y alzaba la cabeza pelada, y abría la boca, como atemorizado... Pero cuando Juan Francisco dijo las últimas palabras:

—. . .este mesón de m. . .!

Julián rió, con su risa en *e,* con su risa opaca y gelatinosa, que hacía recordar las medusas de mar.

—¡Y se ríe el imbécil! —Selló Juan Francisco.

Rosario, digna, parsimoniosa, dejó en la cesta el zurcido, y al perderse en el corredor los pasos de Juan Francisco, que salía, se echó sobre la cama, sobre la pobre cama, y sollozó largamente.

* *
*

Desde entonces, Juan Francisco cambió de gustos y de conducta.

Fueron mejores para él las noches que había de pasar en San Salvador. Allí estaban sus amigos, verdaderos amigos, con quienes se podía beber "guaro", con quienes se podía jugar a la "taba", con quienes se podía salir, a las once o doce, en busca de la aventura barata. . .

Estar en La Unión era ver la cara imbécil de Julián, cada día más antipática y repulsiva, era escuchar las palabras de Pedro Vásquez, siempre raras y dañinas, era aguantar ese llanto constante de Rosario, que ya no sabía hacer otra cosa que estarse lagrimeando y protestar de vez en vez:

—¡Dios mío! ¿Qué le pasa a Juan Francisco? ¡Dios mío! ¡Dios mío!. . .

Decididamente, era mejor la capital. Para Juan

Francisco; pero no para Rosario ni Julián, porque el sueldo del cobrador se convertía en tragos y humo, y cada vez mermaba el dinero destinado a la casa y al alimento.

Por otra parte, era frecuente que Juan Francisco llegase borracho y bestial, blasfemando, gritando.

¡Só idiota! ¡Hasta cuando diablos vua aguantar esa tu car'ebruto!

Y es verdad que con ello lastimaba a Julián, al pobre Julián obtuso e inofensivo; pero cierto es también que esta conducta hería más a Rosario. La buena mujer enflaquecía y se arrugaba, porque el dolor es algo que se parece al tiempo.

* *
*

Cuando Pedro Vásquez estaba menos ebrio, volvía a sus comentarios ante la gente de todo el "mesón".

—Muy tonta debe ser la Rosario para aguantar a ese bruto de Juan Francisco. . . Juan Francisco no la quiere. . .

* *
*

Sucedieron por entonces dos cosas atroces.

La primera fue que Juan Francisco, tomado por la vida nocturna y disipada de San Salvador, dejó

de cumplir a satisfacción sus deberes de empleado, y fue despedido de su cargo.

La miseria apretó más su círculo de acero en torno a la familia, y un día que Juan Francisco no estaba, Pedro Vásquez dijo a Rosario:

—Hacé como la Raquel...

Raquel era la cazadora de marineros lascivos.

Y la segunda cosa fue que Rosario hizo como la Raquel... Sin que lo supiera Juan Francisco, por supuesto... Y contra su propia voluntad de mujer honesta...

Pero ella ni Julián podían quedar abandonados al hambre. Era menester cualquier sacrificio.

* *
*

Sucedió lo inevitable. Juan Francisco llegó una noche menos borracho que de costumbre y sorprendió a su mujer con otro hombre. Trató de matarlo; pero el otro hombre huyó. Hubo de conformarse con tomarla de los cabellos y emprenderla con ella a golpes y patadas.

A los gritos de Rosario despertaron Julián y Raquel y todos los habitantes del conventillo "Las Delicias".

Y, ¡cosa extraña!, Pedro Vásquez, siempre amigo de estar en incidentes, no apareció por ningún lado. Luego le contaron la historia, pero pareció no importarle.

* *
*

Fue así como Rosario y Julián, el tonto, quedaron definitivamente abandonados por Juan Francisco, viviendo del pecado de ella.

* *
*

Juan Francisco, por su parte, se fue a trabajar al muelle de Cutuco, en calidad de cargador de bultos. El dolor lo iba enflaqueciendo poco a poco, y el "guaro", el "guaro" caliente y áspero, lo envenenaba con pertinacia, mintiéndole energías pasajeras.

Sobre su torso moreno, de la mañana a la tarde, pasaron muchos quintales de azúcar y café. Juan Francisco sudaba. Al terminar la tarea, agitado, jugaba y bebía con sus nuevos compañeros de trabajo.

Alguna vez el "guaro" lo puso romántico, y habló de Rosario con lágrimas en los ojos:

—¡Es una gran p...!

Se le quebró un sollozo.

Los compañeros hicieron silencio respetuoso, y esperaron que Juan Francisco relatase su historia.

Pero no fue así.

Después del comentario candente, el cargador guardó mutismo y se quedó viendo con los ojos muertos el poco de "guaro" que aún había en la copa. Lo vio dos, tres minutos, sin parpadear, con el

ceño fruncido, y, repentinamente, en un arrebato de violencia, se lo bebió.

Nunca supieron más los cargadores. Nunca hasta que ocurrió el accidente fatal.

* *
*

De Hamburgo habían llegado unos botellones que la grúa del barco dejaba suavemente en el hormigón del muelle y los cargadores tomaban de allí para llevar a la bodega.

Nadie sabía lo que era eso; pero a nadie importaba. ¡Cuántas cajas habían pasado sobre sus hombros sin que ellos supiesen su contenido!

Varios viajes había hecho ya del muelle a la bodega, de la bodega al muelle, Juan Francisco. Su comentario fue escueto:

—¡Esto pesa!

Y para cobrar mayor aliento, bebió.

Llevaba el cuarto o quinto botellón cuando escuchó unos gritos, ya entrando en la bodega:

—¡Apartate!

Fue tardía la advertencia. Una viga cayó de lo alto, nadie sabe cómo, y fue a dar en el botellón. El vidrio se rajó con un *crac* hueco, y un líquido espeso y humeante bañó a Juan Francisco.

—¡Acido!

El ácido sulfúrico cayó al suelo desnudando los

huesos del cargador. La ropa, la carne, todo se hizo una sola masa negra que nadaba en el suelo.

Entonces se hizo corro de cargadores:

—¡Pobre hombre!

—Habrá que avisar a su mujer...

—Que vaya Antonio, que sabe donde vive...

* *
*

La tarde había caído. En el último tren anduvo Antonio los dos o tres kilómetros que hay entre Cutuco y La Unión, y llegó al mesón "Las Delicias" cuando ya era de noche.

Preguntó por la pieza de Rosario, le señalaron una puerta cerrada. Afuera, un idiota que podía tener quince o treinta años, estaba sentado en cuclillas sobre los ladrillos de barro.

—¿Aquí vive la Rosario?

El idiota alzó los ojos y se quedó viendo con la boca entreabierta y húmeda al recién llegado.

—¿Aquí vive la Rosario? —tornó a preguntar Antonio con voz más fuerte.

—Sí.

—Quiero verla.

—Está ocupada.

Antonio comprendió que ese idiota no podía servirle para nada, y, empujándolo con brusquedad, forzó la puerta.

Crujió la aldaba débil.

—¿Qué fue? —preguntó un hombre entre sorprendido y airado.

—Que se ha muerto Juan Francisco y. . .

El hombre salió. Afuera se le podía reconocer. Era Pedro Vásquez. Antonio, el emisario, se marchó. Pedro volvió a entrar en la pieza. Ya estaba allí Julián, viendo llorar a su hermana:

—¡Yo lo quería! ¡Yo lo quería! . . .

Julián repitió su pregunta:

—¿Qué pasó?

—Que se murió Juan Francisco. . .

En la cara redonda de Julián, el sér más inteligente del mesón "Las Delicias", se pintó, una vez más, la sonrisa ancha, gelatinosa, y desdentada. . .

GENTE GÜENA

ENTERRARON al viejo Pedro Ushpa en silencio. Sobre la tierra echaron unas cuantas flores marchitas. Luego se persignaron. Y los cuatro regresaron pasito, sin hablar casi, al rancho. Llegaron a eso de las cinco de la tarde. Aún estaba la Petronila en el mismo rincón, el más oscuro, gimoteando con unos hipos breves, que apenas si le cabían en el pañolito colorado. La Juana María y la Petra se habían dormido en el catre, juntitas, de tanto llorar.

—No llorés Tonáa. . . —mascculló Juan Antonio sin convicción.

La india levantó la cabeza, se le quedó viendo un instante con los ojillos enrojecidos y tornó a su postura.

Miguel Piche se hurgó los bolsillos del saco ex-blanco, de sufrido algodón, y sacó un tabaco grueso y negro, que encendió con parsimonia.

—Braá quirse. . .

Los demás no contestaron. Asintieron con la cabeza, y se fueron lentamente. Sólo en el aire quedó, como una despedida, la bocanada de humo hediondo y espeso que dejó Miguel Piche.

* *
*

—Oiga, nana...

—Decí, m'hija...

—Ya hace una semana que enterraron a mi tata...

—Mmmjúu...

—¡Tan güeno q'era, nana...!

A la Petronila se le arrugó un tanto la boca. Pero no sollozó. Dejó nada más que el cuerpo le temblara un poquito bajo los dedos blancos del calofrío.

—Andá por onde'stá la Petra, que ya va'ser hora del almuerzo...

La María salió corriendo a llamar a la hermana, y la Petronila se quedó haciendo las tortillas de maíz, a golpes secos, como si aplaudiera. En el "comal" de barro, la masa crepitaba un ratito, y luego salía cocida, caliente, olorosa. A un lado, la olla de frijoles negros hacía grr... grr... y echaba un humo ralo, ralito y blanco, que subía lentamente hasta la techumbre de paja.

—¡Tan güeno q'era...!

Miguel Piche tenía ya como diez días, o quince, de no acercarse por el rancho de la Petronila, cuando llegó con su mismo traje ex-blanco, de sufrido algodón, con sus mismos tabacos hediondos, con sus mismos siete pelos groseros en la punta de la barbilla.

—Güenos días le dé Dios, Toná...

—Güenos días... ¡Adió!... ¡Si sos vos!

—Sí pué...

—¿Por qué no bías venido?...

—He'stado juera, pué...

—¿Onde?

—En la finca'e don Ambrosio Martínez...

—¿Y qué juiste a'hacer allá?

—Trabajando, pué...

Por la ventana del rancho se metía un rayo de sol, angosto y largo. Tamizado por los árboles de afuera, caía adentro, en el catre de la Petronila, rompiéndose en cinco o seis moneditas de papel.

Desde afuera llegó una voz, por la puerta:

—Güenos días les dé Dios...

—Güenos...

Era Juan Antonio. Venía apurado, nervioso, jadeante.

—¿Qué te pasa, vos? —preguntó Miguel Piche.

—Que me vienen siguiendo...

—¿Quiénes?

—Los del resguardo, pué...

—¡Dios santo!

El resguardo... Los uniformes amarillos... ¡Siempre por los cerros y los llanos, buscando chicha y aguardiente!... ¡Siempre con los lazos de cáñamo, para llevarse amarrados a los hombres!...

—¿Y no te vieron venir para acá?

—No... en el recodo del doutor González Núñez me perdieron de vista, porque me metí entre el maizal...

La Petronila terció:

—Tené cuidado... Yes la segunda vez que te escapan de agarrar... De la tercera no te librás... Sentate.

Se sentaron los dos hombres. La Petronila encendió unas brasas bajo el trébede y puso encima una jarrilla con café.

—No viene mal un cafecito...

—Viene bien.

Y ya con el café humeante sobre las rodillas, empezaron a hablar del difunto Pedro Ushpa.

—¡Tan güeno q'era!...

Cuando llegaron la Juana María y la Petra, se despidieron los dos.

* *
*

De visita en visita empezaron los paseos, y por fin Miguel Piche se quedó a vivir con la Petronila, en el rancho.



El invierno tardó en llegar ese año: los potreros, los jardines; todo se estaba resecando. Y por las tardes los campesinos del poblado sacaban a veces la imagen de San Isidro, rezando a gritos:

San Isidro de mi alma
quitá el sol y poné el agua.

Pero San Isidro había pensado de otro modo, y no puso el agua sino hasta que se le dio la gana, que fue varios meses después. Y entonces sí que la puso. La puso toda, de golpe. Llovía, y llovía. La cosecha de café peligraba. Y entonces los campesinos sacaron en procesión la misma imagen, rezando con el mismo tono de voz:

San Isidro Labrador,
quitá el agua y poné el sol.

La culpa no fue de San Isidro. Sin duda había que vaciar todos los tanques de agua que había acumulados en el cielo.

Y eso aprovecharon los zancudos.

Por todos lados se oía su zumbido largo, apretado, con filo. Así como cuando hacía tortillas, la Petronila se pasaba aplaudiendo en el aire para aplastar zancudos, y diciendo:

—¡Estos bichos del diablo!...

Juan Antonio visitaba a sus amigos.

Y las dos hijas de la Tona, Juana María y Petra, iban creciendo.

* *
*

En tres días se llevó la fiebre a Miguel Piche. Ahí estaba el cadáver, tieso, amarillo, verdoso, frío.

La Petronila hipeando.

Y Juan Antonio diciendo "no llorés".

Por ese "no llorés" comprensivo, la Tona sintió la necesidad del cariño de Juan Antonio. Juan Antonio no se lo negó. Se acercaba siempre a consolarla y, al hablar de Miguel Piche, comentaba:

—¡Tan güeno q'era! . . .

Hasta que Juan Antonio se quedó a vivir con la Petronila, en el rancho. Y comió sus tortillas de maíz, y sus frijoles olorosos. Y compartió su catre. Y llevó dineros y borracheras muchas veces. Y dejó en el seno de la mujer la semilla de otro hijo que, lentamente, venía madurando.

—¿De ónde trés el pisto, vos?

—Del trabajo pué. . .

—¿Y por qué nunca me decís ónde trabajás?

—Porque no t'importa. . . En trayendo el pisto. . .

* *
*

Poco faltaba a la Petronila para tener el hijo, cuando desapareció Juan Antonio.

—¿Qué le pasará? —se preguntaba angustiada la Tona.

Pero nunca lo supo. Los dolores la echaron en cama. Con la frente encendida por la fiebre preguntaba:

—¿Onde'stá Juan Antonio?

Y la Juana María o la Petra respondían:

—Quién sabe, nana. . . Entuavía no ha güelto. . .

—Búsquenlo. . . díganle que güelva. . . que ya me guá morir. . . que no seya ingrato. . .

Juana María y la Petra preguntaban a todos:

—¿No has visto a Juan Antonio?

Y todos respondían que no.

Hasta que una vez Juana María encontró a uno que le dijo:

—Stá preso, pué. . . El viernes se lo llevaron los del resguardo con unos cántaros de chicha. . .

Y la muchacha regresó afligida a su rancho, a contarle la nueva a su "mama", a la Petronila.

Pero ya llegó tarde.

A la hora de llorar, nada más. . .

* *
*

A los tres meses salió Juan Antonio de la cárcel, bajo fianza. Y encontró tan solo el rancho sin la

Petronila que, después de haber llorado unos días, le dijo a Juana María:

—¿Y por qué no te quedás a vivir conmigo?...

Y ella respondió con timidez insinuante:

—No... Juan Antonio...

Pero accedió pronto. Y cocinó las tortillas y los frijoles de Juan Antonio, y compartió con él el heredado catre de Petronila.

* *
*

A veces, cuando recuerdan, uno de ellos dice:

—¡Tan güena q'era!...

* *
*

Y el rancho sigue impasible, esperando que le llegue su turno a la Petra.

LA ESPERA

Quemaba el sol. La tierra, herida recientemente por el arado, parecía un mar mineral, de ondas menudas, entre rojo y gris. El camino que pasaba al margen de las cercas estaba lleno de polvo, y, de vez en vez, un vientecillo suave y juguetón se entretenía en levantar de ahí nubes blancas. A las orillas del camino, los palos de pito, que servían de mojones, los jocotes jobos y algunas cuantas cepas de piña, se morían de sed. El verano había sido largo. Largo y duro. Recio latigazo de fuego sobre la espalda reseca de la campiña.

No podía tardar mucho el invierno.

Al iniciarse las lluvias, los hombres irían con el maíz grande, bien escogido, y también lo harían llover en los surcos. Brotarían las primeras hojas de un verde fresco a la vista. Y luego la milpa se daría en toda su plenitud. Esta era la esperanza de todos los años.

Pero desde hacía algunos, el clima parecía estarse modificando, y no para mejorar la condición de los labriegos. El año anterior, por ejemplo, el invierno había sido corto y excesivamente copioso. Las cosechas, escasas. Y para complicar la situación, los propietarios de las tierras habían exigido censos más elevados, porque "los tiempos estaban malos".

—Ya merito llega el invierno, vos...

—Ya merito...

Bien. Eso no importaba. Ahora vendría la nueva cosecha. Y esta esperanza los colmaba de esperanzas. Los hombres, todos los hombres, vivimos con los ojos al futuro. Hasta los viejos, que hablan siempre de cosas de su juventud, se sostienen aferrados a la vida con las uñas de alguna ilusión. Así lo había dicho don Ustaquio, que por viejo sabía hablar con palabras apretadas, mientras mordía la punta húmeda del puro.

—Siempre'staremos esperando, muchás...

—¿El qué, don Tacho?

—¡A saber...! Pero siempre'staremos esperando...

La cara se le hacía un solo zurcido de arrugas prietas cuando sorbía el humo del tabaco. Luego echaba la bocanada azulenca y espesa y se quedaba mirando para arriba.

—Cad'uno tiene su espera...

Y al decir esto, el viejo malicioso guiñaba un ojo a Toribio Méndez.

La espera de Toribio Méndez era la Toña Romero.

El sitio de la espera, el riíto que, a dos o tres kilómetros de la casa de la finca, pasaba refrescándolo todo: Por ahí lavaba la muchacha, semidesnuda, cubierta con una especie de camisón blanco que, humedecido, se le pegaba a las formas morenas como una cáscara de fruta jugosa.

—Algún día me guá comer ese tu lunarcito...

La Toña tenía un lunar pequeño en el cuello, en el sitio más adecuado para el beso que la sensualidad de Toribio Méndez venía preparando desde hacía mucho tiempo, y que estaba ya a punto de reventar de madurez.

—Algún día me lo guá comer...

La muchacha sonreía:

—Achís... ¡el baboso...!

Y una chiltota, llamarada amarilla, cruzaba el espacio.

—Algún día, negra trompuda...

La Toña Romero lanzaba una carcajada abierta, hacía un mohín de insinuante desprecio, y volvía sobre la ropa blanca con sus brazos bien torneados y curtidos, a jugar un vaivén de espumas en la batea.

Toribio era todo un hombre. Jamás arrugó la cara a las tareas más duras. Araba como un buey. Resistía el sol a plena espalda. Cuando se tomaba sus tragos peleaba bravamente. Se decían de él mu-

chas historias rústicamente heroicas. Pero ante la Toña...

Pero ante la Toña se conformaba con repetir la voz de su espera:

—Algún día...

A la Toña, en verdad, no le disgustaba el mocetón: alguna vez, hasta hubiera querido que, arrojando al río su incomprensible timidez, la asaltara brutalmente, como el recental a la yegua, y que todo pasara entre luchas y jadeos, sin una palabra, en esa forma violenta en que deben ocurrir las cosas de los verdaderos hombres.

—El Toribio es un nagüilón...

Ella sabía que no. Que Toribio no era un afeminado. Pero lo decía para picar su amor propio, para incitarlo a la epopeya erótica.

Sin embargo, Toribio no parecía comprender...

—Lo que vos querés, Toñá... —le dijo una vez—, es qui'un patroncito te regale vestidos y te deje tirada con un hijo, como el niño Arturo dejó a la Chela Reyes. Hasta entonces no vas'estar contenta...

Con o sin razón, la idea de que la Toña Romero era ambiciosa, se fue metiendo en el cerebro de Toribio.

—¿Y qué?... —El le regalaría chales y vestidos, y hasta la calzaría... Y la ropa de la Toña sería lavada por otras lavanderas, mientras ella cuidaba de los zipotes y de los frijoles.



Entonces le entró a Toribio el deseo de hacer dinero. El sabía trabajar, tesonera, brutalmente. No le temía ni al sol ni a la lluvia, ni a las tareas interminables que a otros, menos fuertes, habían doblado más de una vez. Toribio había pedido al patrón más tierra, dos manzanas más, que sembraría de milpa y que pagaría con maíz en tusa. No importaba el cúmulo de energías que se le fuera en la empresa. Aquellas energías habían de convertirse en pesos, los pesos en vestidos y zapatos para la Toña, y los vestidos y zapatos en amor...

Acaso esos móviles, por ladino y por viejo, los conocía o los imaginaba don Ustaquio cuando, lanzando al aire la bocanada de humo, había dicho, que "cad'uno tiene su espera".

Vinieron por fin las lluvias, después de un temblor recio que sacudió la tierra en un espasmo germinal. Y con las lluvias, fueron asomando los brotecitos. La cosecha fue espléndida. Aquella parte de la espera de Toribio Méndez se había cumplido. Ahora estaban ahí las mazorcas, llenas de pelos vegetales.

—Mirá, Toñá... Esto es pisto... Agora si me guá comer tu lunar...

* *
*

Ahora la Toña Romero vivía en el rancho de Toribio Méndez. Tenía vestidos nuevos de zaraza,

comprados en el pueblo, un lindo par de zapatos "de partida", que sólo los domingos se ponía, y un chal verde perico, ancho y alegre, que en las grandes ocasiones le descendía de la cabeza a las caderas.

—¿Viste, negra babosa?

La Toña sonreía.

* *
*

—¡Macho va'ser, jodidos! ¡Como su tata...!

—¿Y si te sal'hembrita?

—¡No sale hembrita, carajos!

Lo decía con una convicción absurda, tan absurda como recia. Ya le tenía el nombre listo. Se llamaría también Toribio.

—La Toña no quiere que se yame como su tata... dice que'l nombre es feyo...

—¿Y vos que decís?

—Que se va'yamar Toribio... Por éstas!

Hacía con los dedotes gruesos y prietos una cruz y la besaba con un chasquido fuerte...

—¡Salú, pues!... ¡Por el Toribito!...

—¡Nada de Toribitos, cheros!... El zipote se va'yamar Toribio...

Su rudeza no admitía los diminutivos aseñoritados.

El viejo Ustaquio, ya medio borracho, estaba reclinado hacia adelante sobre el mostrador apestoso

a piro. Al oir esto último hizo un esfuerzo para hablar. Arrugó la cara, abrió los ojillos adormilados después de apretarlos hasta que se convirtieron en dos cicatrices apuntaladas de remiendos, y volvió a su filosofía de anciano temático:

—¡Ya ves! ¡Cadi cual tiene su espera...! Agora tás esperando el zipote...

Los demás, y el propio Toribio, asintieron con sendos cabezazos de borrachera encaramada...

* *
*

Crecía el vientre de la Toña.

Toribio estaba orgulloso. No sabía por qué. Pero los domingos bajaba al pueblo con su mujer.

La tomaba del brazo y era cariñoso con ella:

—¡Cuidado negra!... No te vayás a trompezar...

Mientras ella escuchaba la misa, hincada en una de las bancas de adelante, frente a la imagen de San Ramón Nonato, que se aburría dentro de un camarín blanco y dorado atestado de flores de papel crespón, él, Toribio, se quedaba en el atrio fumándose un puro y conversando con algunos otros mozos de finca. Salía luego la mujer, marcando con seguridad el paso de sus zapatos negros y dejando que el viento jugara con su chal verde perico, reluciente aún, con un tufillo a tienda de turco, de tanto estar guardado en la tombilla de carrizo.

Ella regresaba al rancho.

—Venite Toribio. . .

El se quedaba en el pueblo. Regresaba a media noche, *bolo.* O hasta el lunes *de goma.* Y mientras el Janiche tocaba la guitarra repitiendo incesantemente tres acordes, los tres únicos acordes que debía de tener aquel instrumento desvencijado, y Chus Santos cantaba con una garganta de hojalata oxidada, Toribio bebía *quinzón* tras *quinzón,* sentado en una de las altas banquetas del estanco, y hablaba con los demás hombres, como un niño, de la esperanza que le brillaba en las trastiendas del pecho.

Don Ustaquio, de viejo, se *embolaba* con pocos tragos. E infaliblemente ponía su disco, antiguo y rayado:

—Cadi cual tiene su espera. . .

* *
*

Aquel domingo la Toña no bajó al pueblo. Así se lo había recomendado la Tomasa Henríquez, compuesto de comadrona y de bruja metido en un pellejo arrugado, prieto, seco y maloliente.

Pero Toribio sí había abandonado el rancho para unirse con los amigos de siempre, en el estanco.

Afuera, sobre el disparejo empedrado del poblacho, llovía incesantemente. El viento de fin de año arrojaba bocanadas de frío y gotas ínfimas de agua al interior de la cantina.

—Demialgo pal frío —decía secamente Toribio al cantinero. Chus cantaba lo mismo de siempre. El Janiche tocaba la guitarra como siempre. Y todo hubiera sido el mismo programa de siempre, si un tropel de bestias no hubiese parado en la esquina.

* *
*

—¿Qué pasa?. . .

—¿Quiúbo?

El Janiche se asomó a la puerta de la esquina.

—Nués nada. El patroncito, quianda de parranda.

Los hombres se tornaron a ver con una mirada maliciosa. Ya lo sabían. Siempre que don Arturito andaba de juerga, pagaba todo el consumo de los parroquianos. . .

—Noches les dé Dios. . . —dijo don Arturito imitando el canturreo de los peones.

—Buenas noches, patrón. . .

Don Ustaquio no respondió al saludo. El pobre viejo estaba ya *fondeado,* con la cara entre los brazos, de bruces contra el mostrador.

Ni más ni menos servil que con los otros parroquianos, el cantinero se acercó al patrón.

—¿Qué manda, don Arturito?

Delgado, fino, fuerte, hablaba el joven con palabras cortadas y cortantes, como quien está habituado a que le obedezcan sin chistar.

—Ante todo, que cerrés las puertas. De aquí no sale nadie. Ahora vamos a chupar todos, por mi cuenta, hasta que amanezca...

—¡Bravo, don Arturito! ¡Bravo!... —corearon los asistentes. Toribio Méndez inició un aplauso que los demás otorgaron sin vacilación.

Y el cantinero cerró las dos puertas: la de la esquina, y la otra.

Toribio no se acordaba de nada.

Pero cuando vio remacharse los cerrojos y caer las trancas en la segunda puerta, le entró una desazón en el pecho. A esta hora tal vez estaría la Toña dando a luz... Quizá se encontraba muriendo. A lo mejor él hacía falta allí, para cualquier cosa.

Pero ya era tarde. Don Arturito no permitía salir a nadie.

El guaro empezó a circular por botellas. La guitarra del Janiche a equivocarse sistemáticamente en sus tres únicos acordes. La voz de Chus a enredar las palabras.

Sonaron unos golpes recios en la puerta de la esquina.

—¿Quién es?

—Soy yo, ábranme.

Los de adentro estuvieron acordes en que aquella era la voz de Benito Merazo, mandador de una finca cercana, y ahí pararon las indagaciones.

El cantinero abrió.

En la neblina de su borrachera, Toribio comprendió que aquella era una magnífica oportunidad para escapar.

No le obedecieron al primer impulso los músculos relajados.

—¿Por qué aquella angustia? Se imaginó encontrar muerta a la mujer. Se imaginó que la criatura...

Y un motor supremo lo impulsó torpemente. Aprovechando el desorden, se escurrió.

Adentro quedaron los demás.

El que acababa de entrar no era Benito Merazo, como habían creído desde adentro.

Era otro, y Toribio lo conocía.

Era Timoteyo, Timoteyo Reyes, el Zurdo, el tata de la Chela Reyes, el abuelo de aquel zipote que, al desgaire, había engendrado don Arturito.

Y, olvidándose de su propia espera, balanceando el cuerpo aguado rumbo al rancho en donde la Toña lo esperaba a él, Toribio pensó, bruscamente, que el viejo Ustaquio era sabio. Porque también Timoteo Reyes tenía una espera, una larga espera, una roja y tremenda espera, que al día siguiente sería ya noticia.

EL ULTIMO FOSFORO

—TOÑO...

Toño dio media vuelta en el catre. La Juana no lo vio en la total oscuridad del cuarto. Sólo escuchó el crujido de la cama.

—¿Trajiste pisto?

El hombre gruñó apenas.

No eran menester palabras para que la mujer comprendiese la situación. Era frecuente. Además, el cuartucho apestaba. Era mejor dejarlo dormir.

Pero los dolores se fueron haciendo cada vez más fuertes y más intensos.

—Toño...

El hombre ya roncaba.

Buscando a tientas en el suelo encontró una cajita de fósforos. Encendió uno. La llamarada fue grande y fugaz. Quedaba sólo un fósforo.

Y entonces le entró a la Juana un miedo pueril. ¿Lo encendía...? ¿No lo encendía...? ¿Si se le

apagaba como el primero?... Y luego, ¿de qué diablos le servía tenerlo si no iba a encender la vela con él...?

—¡Aaaay!

Ahora la vela alzaba su llamita; se alargaban todas las sombras. Con las sombras se alargaban los dolores y, abriéndose paso entre los dolores y las sombras, rompiendo el letargo del carretonero, el grito de la mujer llegó a herir los oídos de éste.

—¿Qué te pasa?

—¡Aaaay!

El hombre bostezó, se pasó por los ojos el dorso de ambos puños, se echó luego hacia atrás los mechones lacios que le caían sobre la frente y empezó a comprender...

—¿Qué ya va a ser la cosa...?

—Mmmmjú.

Luego un silencio espeso, duro. Y otra vez:

—¡Aaaay!

Entonces Toño comprendió de golpe. Había esperado aquello mucho tiempo. Lo deseaba.

Y un súbito movimiento interior lo hizo poner en pie.

—Esperame, voy a buscar a la Refugio...

Se quedó sola, en el cuarto, la mujer. Sola no: con su grito, que ya la acompañaba con más persistencia.

Y Toño salió como una tromba.

El aire fresco de la noche le dio en la cara y se sintió mejor.

Empezaba, sí, a molestarlo la sed.

Al pasar por la Iglesia de San Jacinto, el reloj dio las once.

—Las once —pensó— en media hora estoy de vuelta.

La Refugio no vivía muy lejos. A ver: cinco... seis... ocho cuadras... En la esquina de "La Soberana" debía cruzar a la izquierda.

¡Ah! ¡pero la sed!

Apuró el paso. Llegó. Golpeó la puerta.

—¿Está la Refugio?

—Ya no tarda en venir... Espérela...

Le dolió la impaciencia. ¿Cómo esperar? A su mente vino, nítido, el quejido de la mujer. Pero no había más remedio. Era indispensable que llegara la comadrona.

La espera se hacía larga y la sed profunda. Decidió ir un instante a "La Soberana".

—Oiga mano... Páseme una pachita para la goma...

Y allí mismo se empinó el primer trago.

Una sensación de grato calorcillo lo invadió.

Ahora sí tendría más paciencia.

Y tornó al sitio de la comadrona.

Desde allí alcanzó a oír las doce campanadas del reloj de San Jacinto.

—¡Vaya! —se dijo—. ¡Cómo pasa el tiempo!
Bebió otro trago.
La llamarada le subió, imperiosa a la cabeza.
Y no supo más.

* *
*

—¡Juan Ernesto Calles!...
—¡Presente!...
—¡René Barraza!...
—¡Aquí!...
—¡Cristóbal Lemus!...
—¡Presente!...
—¡Antonio López Miranda!...
—Diga, mi cabo...
—Vos estás libre... Ya cumpliste. Otra vez tené más cuidado...

* *
*

Con la mano se quitó el sudor de la frente. Sentóse un rato en la cuneta de la acera, y se quedó meditando.

Buen día. Fatigoso, es cierto, pero buen día... casi cinco pesos en el bolsillo de su pantalón, después de trotar de arriba a abajo, con el carretón repleto.



¿Buen día? ¿Por qué? ¿De qué le servían aquellos cochinos pesos?

Y comenzó a hablar con voz opaca, detenida en los labios:

—¡No! No me los voy a chupar! Si la Juana los quiere se los dejo... Si no... los boto!

Y levantándose con decisión, escupió y echó a andar.

El carretón vacío lo seguía.

* *
*

—¿Vos otra vez?...

—Sí, Juana...

—¿No te dije que ya no vinieras...?

Toño agachó la cabeza.

—¿No te basta con haberme dejado tirada cuando nació el zipote, sino que todavía me venís a...

—¡Calmate Juana!...

—¡Calmate, calmate! ¡Como si vos!...

—Te traigo pisto...

—No lo quiero...

—¿Y qué hago con él?

—Chupátelo si querés...

El carretonero desparramó una mirada lenta por todo el cuartucho. Se mordió el labio inferior. Tiró el dinero a la cama de la mujer, y se fue cabizbajo.

Cuando se halló en la calle se dio cuenta de una cosa: el hijo no estaba en el cuartucho...

—¡Claro... Aquello, aquel hijo así!

Y se tragó una lágrima.

* *
*

—¡Y venís otra vez!

—Sí.

—¿No te he dicho que?...

—¡Callate!

Sentóse a la orilla de la cama, encendió un cigarrillo y encaró a la mujer.

—Hoy me vengo a quedar, aunque no lo querrás...

Iba contestar ella algo, pero notó la fiebre que traían los ojos del hombre.

—Vos venís bolo.

—Sí, vengo bolo ¿y qué?... Mirá, Juana, es demás...

Mas luego, dulcificando, hasta donde pudo, la voz:

—Bolo o no bolo vos sos mi mujer... Ya sé lo que me vas a decir... Tenés razón... Pero te juro que...

—No jurés nada, Toño...

—Hoy sí, mirá, por Diosito...

Besó la cruz de los dedotes prietos.

La Juana no podía creer en la regeneración del hombre. Ese juramento se lo había oído cien veces. Sin embargo...

Recordó la mujer el aire sumiso con que el carretonero le había pedido perdón muchas veces, recordó el niño canijo y deforme, en que fracasara la ilusión de ambos: recordó los dos últimos fósforos de aquella noche del parto, y su vacilación cuando sólo quedaba uno:

—¿Lo enciendo? ¿No lo enciendo? ¿Y si se me apaga este último? Y si no lo enciendo, ¿para qué diablos me sirve?

Y la penumbra del cuartucho se iluminó con una sonrisa triste...

CHAMPAÑA

SAN JUAN DEL RECUERDO

¡QUÉ DULCES aquellos dieciséis años de Elvira Laponte! Todo candor era su rostro. Tenuidad su mirada clarísima. Recato su continente. Elvira Laponte iba por doquier acompañada de un hálito femenino, y trascendía aromas de inocencia. Sus compañeras en el colegio de monjas, hablaban ya de novios, de billetitos furtivos, alguna hasta de besos. Y Elvira enrojecía, no con ese rubor gazmoño de las señoritas rezagadas, sino con el sano rubor de una niña, de una verdadera niña.

—Elvira no tiene novio...

—Nadie se le ha acercado...

—¡Es tan seria!...

Sí: tan seria, tan responsable... Alguna vez se le ocurrió pensar en lo que sería el amor. Sus dieciséis años no presentían la pasión de la carne. El amor se le ocurría algo así como una comunión de dos espíritus, en que ni siquiera cabía la profanación

de una palabra. Una especie de flúido recíproco que había de viajar de los ojos a los ojos, y detenerse en los confines de una mutua admiración respetuosa, plácida, celeste... ¿De qué otro modo podía ser? Ella, que comulgaba con frecuencia, había aprendido a amar con ese amor divino de Cristo: elevaba sus grandes ojos claros a la Hostia, y sentía que el Cordero Eterno la veía desde allí, con una mirada profunda que anegaba su sér de felicidad...

Un día, abrió la vida sus pétalos...

Iba Elvira con su bolsón de colegiala lleno de libros y cuadernos. Y fuera de él, llevaba una cajita de lápices de colores, un trozo de carboncillo y un borrador suave. Cuando llegaba a la esquina en donde Jacobo Elías Nahabib tenía su tienda de sedas, linos y mantas, un movimiento distraído hizo que se le cayeran los lápices, el carboncillo y el borrador. Rápidamente vio salir de la tienda a Moisés Nahabib, "el Turquito". "El Turquito" se agachó, recogió con prisa los objetos caídos, y con la timidez de su pubertad apenas iniciada, los ofreció a la niña. Elvira quiso dar las gracias; pero no pudo. Sus ojos se clavaron en los ojos de Moisés, que eran verdes como las olivas, y traían reminiscencias de aquella Palestina legendaria en donde los huertos rezaban oraciones, al caer de la tarde, o eran como grandes órganos sagrados en los que tocaba el viento sus aleluyas infinitos. Ella enrojeció. Y "el Turquito" también. Diáfanamente. Dulcemente. Y sonrieron ambos con una sonrisa indefinida que era, según había imaginado Elvira, la manifestación más pura del amor...

Eso fue todo.

Pero aquella mañana Elvira estuvo torpe en sus clases. Distraída, abstraída. Dio su lección de francés, su lección de Gramática, con una displicencia notoria. Las compañeras empezaron a hacer broma:

—¿Qué estás enamorada, Elvira?

—¿Quién es él?

—¿Cómo se llama?...

El rubor tornaba al rostro dulce de Elvira, y en su cerebro aparecían, insistentes, los dos ojos de oliva del "Turquito", la sonrisa blanca de Moisés Nahabib, los huertos palestinos, frescos, sonoros, llenos de Historia Sagrada...

Sólo en la clase de dibujo estuvo Elvira mejor que los otros días. Sor Encarnación, que siempre la calificaba con un 8, hubo de ponerle 10, y hacer una mención especial de su trabajo. ¿Qué milagro encarnaba en aquellos lápices de colores y en aquella barra de carboncillo...? Elvira Laponte había dibujado un paisaje delicioso, esfuminado, con grandes árboles y un río a cuyas márgenes platicaban las flores y las mariposas en un dulce coloquio...

Ya nunca, nunca, había de ver Elvira al "Turquito". Sor Encarnación fue la primera en advertir las dotes de la niña para la vida religiosa, y comunicó su idea a Sor Superiora. Madre Antonina, con su

tacto casi diplomático, se encargó del resto. Y entre todas fueron, poco a poco, insinuando, inclinando, presionando a Elvira para que tomase la vida del claustro...

* *
*

Fue una mañana.

Las campanas de la Iglesia de San Juan cantaron con voz de epifanía. Sobre una bandeja de plata cayeron las guedejas rubias de Elvira. El coro de las alumnas —nuevas alumnas del colegio, porque ya las compañeras de la novicia andaban por el mundo— cantó un Te Deum solemne. Cayó sobre su frente una toca blanquísima. Sus hombros se cubrieron con el velo de las profesas, y Elvira Laponte murió en un ataúd de cedro —quizá de cedro del Líbano—, de donde surgió, a los pocos minutos, Sor Juana de la Pasión.

Sor Juana de la Pasión... la de los pasos menuditos y silenciosos que, en el sacrificio de la Misa, en el instante de la Eucaristía, se iluminaba de una luz sobrehumana.

Entre rosario y rosario, Sor Juana de la Pasión bordaba dalmáticas, amitos y casullas, y era su aguja como un pincel de prodigio para pintar copones, corderos pascuales, lirios de castidad y celestiales rosas.



De vez en vez tomaba los lápices de colores, las acuarelas o la paleta de pintar al óleo, y se entretenía haciendo cuadros piadosos.

Sor Juana de la Pasión tenía algo de Elvira Laponte: su horror a la materia, a la carne, enemiga del alma, y su candidez virginal, que el silencio y la meditación de los claustros había logrado conservar intacta, y que el capellán de monjas, Fray Ruperto Buenaventura, sabía estimular con frases pías en la penumbra del confesionario.

* *
*

Así pasaban los días, los meses, los años.

Sor Superiora pagó su tributo a la muerte, y fue sustituida por Madre Encarnación. Ella y Madre Antonina y las demás del colegio, iban envejeciendo. El tiempo, el ayuno, las mortificaciones, dejaban en sus rostros y en sus cuerpos la marca inexorable.

Bajo los amplísimos arcos de medio punto, de vieja piedra, estaba el corredor en donde todas las tardes, terminadas las clases, las alumnas esperaban a sus niñeras para regresar a casa. Y allí, en ese corredor, solían las monjas quedarse conversando hasta la hora del ángelus, en que las campanitas claras del convento las congregaban en la pequeña capilla.

Paseaban por ese corredor, hablando de cosas altas, rememorando la vida ejemplar de la fundadora

de la orden, Madre Encarnación, Sor Antonina y Sor Juana. Sus voces eran quedas, sus palabras como dichas en sordina, de modo que no violasen el silencio augusto en que la casona antigua parecía vivir. Pero un quejido intenso, un ¡ay!, dolido y largo, que desmayó en sus últimos instantes, salió del pecho de Madre Encarnación. Sus hermanas la vieron ponerse pálida. Advirtieron que un sudor frío, perlado en muy finas perlas, le cubrió la frente. Notaron en las pupilas de la madre anciana un desfallecimiento...

—¿Qué pasó? —preguntaron, angustiadas y solícitas, a un mismo tiempo, Sor Antonina y Sor Juana...

—¡Ay! ¡Aquí!... ¡Un dolor!...

—¡Ave María Purísima!...

Sor Encarnación había señalado el sitio del pulmón derecho. La llevaron a su celda. La acostaron dulcemente en la dura y estrecha cama. Y Sor Antonina, que era la doctora de las monjas, procedió a examinar a la enferma. Auscultó detenidamente. Una pena infinita la embargaba a medida que reconocía los síntomas. Puso el termómetro. El termómetro marcó cuarenta grados y un décimo. Sor Juana calló. Abriendo sus pequeños ojos acerados, preguntó Madre Encarnación:

—¿Qué tengo, hermana?

—Calle usted, Madre... que no le conviene hablar...

—¿Qué tengo?...

—Una pleuresía...

—¡Todo sea por el amor de Dios!...

—¡Llamen al Padre Ruperto, para que me confiese!...

Saliendo de la celda, dijo Sor Antonina a Sor Juana:

—Hermana... es inútil hacer remedios. Madre Encarnación va a morir... Llame usted al Padre Ruperto, por teléfono. Nada podemos hacer por el cuerpo de Madre Encarnación. Hagamos, pues, lo que conviene a la salud de su alma...

Fue Sor Juana al teléfono. Vino el sacerdote, confesó a la enferma.

Los pulsos se le iban a Madre Encarnación.

Aquel pulso tan firme, tan hábil en el dibujo, tan inspirado en la distribución de colores, apenas si daba razón de su existencia, metido allá, en las reconditeces de las venas.

Cuando salió el confesor, después de dados los Santos Oleos y rezadas las recomendaciones del alma, Madre Encarnación llamó a Sor Juana y le dijo:

—Hija mía, voy a morir... Desde hace dos o tres meses tengo una deuda con el Padre Ruperto, y ya que tal es la voluntad de Nuestro Señor, quiero pedirte que la cumplas tú...

—Encantada, Madre... Diga usted cuál es...

—Le ofrecí, para la Iglesia de San Juan, pintar un estandarte con la imagen de San Juan Evangelista, el dulce San...

Ya no terminó.

Un frío intenso la cogió entre sus garras, la sacudió fuertemente, haciendo tronar el viejo catre, y la dejó yerta.

Con voz llorosa, todas las monjas se pusieron a rezar:

—Señor, ten piedad de nosotras.

—Cristo, ten piedad de nosotras.

—Santa María, ruega por ella...

Las últimas letanías se confundieron en el aire con las campanas del convento.

* *
*

Rezado que fue el novenario en sufragio del alma de Madre Encarnación, Sor Juana consideró llegado el instante de cumplir su promesa. Madre Antonina, elevada a la categoría de Superiora, creyó oportuno relevar a Sor Juana de sus labores docentes, para que pudiera entregarse con integridad a la pintura del San Juan Evangelista que, en sus últimos momentos, le había pedido la difunta. Así fue como Sor Juana pudo encerrarse en un pequeño estudio, luminoso y fresco.

Templó la seda sobre el caballete, y con muy firme mano empezó los trazos: el óvalo correcto, el contorno de la cabellera, los pliegues amplios de la túnica...

Días y días pasaron en esta labor. Cuando alguna monja expresaba su deseo de ver el cuadro, Sor Juana decía:

—¡Paciencia, hermana, paciencia! Yo no quiero que lo vean hasta que ya se encuentre acabado...

Para todas era el cuadro un verdadero enigma.

Todas sentían curiosidad por conocerlo. Y estaban seguras de que una inspiración muy alta habría guiado la mano de la monjita, porque la veían a horas inusitadas, en la capilla, rezando a la imagen de San Juan Evangelista, en demanda de aliento para su obra.

—¿Ya estará ese cuadro, Sor Juana?

—¡Paciencia, Madre Antonina!... Un día de estos le doy la sorpresa y se lo traigo, sin avisarle nada...

—Que sea pronto... Ya se avecina el 27 de Diciembre, día de San Juan, y quiero que ese día, si es posible, lo entreguemos al Padre Buenaventura...

El 10 ó 12 de Diciembre, entregó Sor Juana su obra. Madre Antonina la elogió muy ampliamente, y le dijo:

—No permitiré que vea este estandarte nadie más, hasta el día 27, en que, después de la Misa, lo dejaremos en manos de nuestro Capellán.

Dicho lo cual enrolló Madre Superiora la tela, con todo primor, y la guardó en su consola, bajo llave.

Dios sabe cómo fue que las demás monjitas se enteraron de que el trabajo estaba concluido. El caso fue que llovieron solicitudes a Madre Superiora para que ésta mostrase el cuadro. Ella supo negarse con entereza, y con tanta, que aun a la propia autora no le permitió dar al estandarte una ojeada final, a fin de ver si había necesidad de algún retoque.

Hechas las festividades de la Pascua, las monjitas quedaron impacientes porque llegara el día 27.

Llegó por fin.

El Padre Buenaventura dijo la Misa. El coro de las alumnas cantó con devoción. Y concluido todo aquello, entró Madre Antonina a su celda y regresó con el estandarte. Ante la espectación de todos, lo abrió.

—¡Qué belleza!

—¡Qué maravilla!

—¡Qué seguridad en el trazo, qué finura en el color!

—¡Es una obra inspirada por el Espíritu Santo!...

De pronto Sor Juana rompió a llorar. A llorar honda, lastimeramente. Aquellos elogios parecían herir su modestia. Y, sin embargo, no era eso lo que llamaba sus lágrimas. Compungida, pidió confesión al Padre Buenaventura.

—"...Padre... ¡Dios me perdone!... Quise poner en el cuadro de San Juan todo mi fervor, toda

mi fuerza mística, toda mi ilusión de Esposa del Señor... y... (La detuvo un sollozo).

—"...¡y me ha vencido la carne, Padre! ¡Me ha vencido la carne!... ¡Ese San Juan no es San Juan! El demonio se ha interpuesto y me ha hecho copiar una imagen de mi recuerdo... Ese recuerdo es un turquito. Un turquito que yo quizás amé, aunque no lo supe nunca... Sí: esos ojos verdes son los que él tenía... Ojos que me hicieron pensar, hace más de veinte años, en cómo serían los huertos de Palestina... ¡Ese San Juan es un pecado de mi pensamiento, Padre!... ¡Es un pecado!... ¡Y yo le pido que me absuelva...!

Sor Juana no pudo ver la sonrisa que se dibujó en el rostro de Fray Ruperto, dentro del confesionario, cuando dijo:

—Yo no te puedo absolver, hija mía...

Como loca, angustiada, desesperada, preguntó Sor Juana:

—¿¡No?!

—No, hija. Porque no has pecado. Porque sólo se absuelven los pecados... Eso que tú llamas "un pecado de tu carne", no es sino el dón más alto que pudiste hacer a la memoria de Madre Encarnación. Porque en la obra de arte no hemos de poner sólo nuestra parte angélica, que sería no ponernos íntegros. Hemos de volcarnos con totalidad... Y eso has hecho tú, sin quererlo, sin pensarlo... Te diste con tal fervor a la obra, que ella representa tu ora-

ción y tu vida; estás en ella como Sor Juana de la Pasión y como Elvira Laponte... Lejos de absolverte, yo te doy las gracias en nombre de la Superiora muerta...

* *
*

Fuera de la capilla, las demás monjas entonaban un cántico:

—"Te Deum laudamus: te dominum..."

Y las campanas del convento repicaban con alegría sonora, casi infantil.

UN CUENTO DE NAVIDAD

HABÍAMOS bebido mucho; pero lentamente. El licor no nos embriagaba aún: nos tenía en ese estado intermedio en que, flojas ya las válvulas que hay entre la conciencia y el mundo fabuloso de la inconsciencia, permite hablar con mayor sinceridad y donosura, y, acaso, con mayor contenido humano.

Y por eso mismo, quizá, hablábamos todos a un mismo tiempo, sin ocuparnos de entendernos recíprocamente, tal como suelen hacerlo, con frecuencia, las mujeres. Nadie negará que es un arte muy especial y muy femenino, éste de hablar a cuatro voces y escuchar, de una sola vez, el torrente verbal de los interlocutores simultáneos. A no ser por las copas de ron bien abundantes, que nos caldean el pecho, muy difícilmente hubiésemos logrado el milagro.

Al cabo, la circunstancia es harto frecuente. Mayor milagro aún que el de entendernos todos a un

tiempo, fue el que ocurrió a los pocos minutos. Y ello fue que en el corro en los cuatro teníamos más ánimo de comunicarnos que de recibirnos, se impuso una sola voz. La de Eugenio Fleurit, por supuesto. ¡Porque vaya con el dón de conversación de Eugenio! Es de aquellas personas que arrebatan, que engalanan la frase, adornan la idea y sacan provecho del incidente al parecer más pobre de interés.

Si yo hubiese sabido taquigrafía, juro que habría trasladado íntegramente sus palabras a estas hojas de papel de que dispongo. De manera que el lector ha de contentarse con una versión, todo lo aproximada que está de mi mano, pero siempre menos gallarda y seductora que la propia charla original. Además, cuando habla Fleurit hay algo de su personalidad, una personalidad esencialmente oratoria, que atrae y aprisiona al interlocutor. Y quizá sus propias palabras, ya escritas, carecerían de ese aliento magnífico.

Pero ya me extiendo demasiado. No he venido a hacer el elogio de las condiciones de Fleurit, de sobra conocidas en nuestro medio intelectual, sino a relatar, con mis escasos recursos, lo que él nos dijo esa maravillosa tarde de diciembre, cuando, inopinadamente, en las alturas de los Planes de Renderos, empezó a caer una lluvia menuda, refrescante y sorpresiva.

Imagínese, pues, el lector, que escucha a Eugenio Fleurit. Dibújeselo en la mente, con esa carota re-

donda, blanca y eufórica, que le da cierto aspecto de muñecón de celuloide, y las manos femeninas, siempre agitándose en el aire... Porque Fleurit habla también con las manos...

—¡Protesto!—dijo Fleurit enérgicamente—, protesto contra los cuentos de Navidad!...

—¿Por qué?...

—Acusan una falta de imaginación... Acusan, también, una carencia de sentido filosófico... Ustedes saben que soy un coleccionista de cuentos. No aparece en los periódicos un solo relato, bueno o malo, que no recorte yo inmediatamente, y luego pegue en una hoja de papel... Luego los clasifico por autores, y los leo... Pues bien... ¿Cuántas historias de Navidad no tendré yo recortadas, pegadas, clasificadas y leídas?... De todas ellas...

—¿No se hace una? —interrumpí irónicamente.

—Al contrario —prosiguió Fleurit—. Sólo se hace una...

—¿Cómo es eso?...

—Muy sencillo: todos esos relatos están cortados por el mismo patrón, como suele decirse. Y si quieren que los reduzca a una sola fórmula...

En un movimiento brusco de su brazo de oso blanco, Fleurit botó la copa de ron que tenía servida. Uno de nosotros —ya no recuerdo quién— lo increpó:

—Bueno: reduce todos los cuentos a una sola fórmula... pero no así... botando el ron...

Hábil, como siempre, para sacar partido de las circunstancias, Fleurit continuó...

—Esta casualidad me da pie para reducir los cuentos de Navidad a su común denominador... Este común denominador, es una copa vacía... En dos palabras os diría la síntesis de una historia de Noche Buena...

Y luego, lentamente, recalcando las sílabas:

—*Ilusión defraudada*... Aquí está la receta para hacer cuentos de Navidad. Os la regalo, porque no me sirve: un niño pobre quiere juguetes. Sueña con ellos. Al amanecer, su espera ha sido burlada por la pobreza. Una madre quiere hacer un regalo de Navidad a su hijo. Ella o él mueren de frío o de hambre, la propia noche de Pascua, ante la insolente alegría de los potentados...

—Pero eso es posible...

—Sí. Muy posible y muy humano. Y si hubiera un cuento de Navidad con tal argumento, probablemente me gustaría mucho. Lo malo es que hay un millón...

Cambió el tono de voz. Se quedó viendo, con aire de muy divertida melancolía, y valga la paradoja, el vasito de ron que había vaciado con su ademán imprevisto, y habló de nuevo:

—No me gustan las copas vacías... "Mozo, traiga otra copa..." —Siguió tarareando la canción, como burlándose de ella.

Y probablemente no habría continuado con el



tema, de no ser que todos nosotros estábamos ya interesados, y que alguien "lo picó" a seguir hablando de lo mismo.

—Pero dijiste también que los cuentos de Navidad acusan una gran falta de penetración filosófica...

—Claro... El sentido de la Navidad no es de dolor, ni de muerte. Si el recurso está bueno como antítesis o contraste eventual, es del todo inadmisible como método... La Navidad es un nacer... Es un himno positivo, un símbolo pleno de promesas, una semilla de jugosas y dulces perspectivas... Y los cuentistas despojan esta fecha de toda su maravilla potencial, y nos dan a degustar el zumo fermentado de las negaciones...

* *
*

Hasta aquí la tesis de Fleurit. Pero ya los lectores saben que con este hombre raro y jocundo que es Eugenio, se conoce sólo el punto de partida, pero se ignora el de llegada. ¿A qué podía conducir todo aquello?...

Ahora se me ocurría abrir otra caja de sorpresas. La lluvia, tenue y agradable, seguía cayendo en la terraza. No era muy tarde. Además ninguno de nosotros tenía prisa...

Si invitásemos a Fleurit a aplicar su teoría en

un cuento de Navidad de su cosecha, acaso hasta surgiría una nueva técnica del relato. Porque Fleurit es así: lo toma siempre a uno por asalto, lleva siempre las cosas por inusitados caminos, y sus modos de expresarse, al parecer invertebrados, encuentran al final un hilo que los teje en una forma que no será precisamente lógica, pero que no por ello carece de verosimilitud.

* *
*

—¡Eugenio, mi querido Eugenio!... —díjele en tono de reproche—. Es cosa muy fácil manejar esa especie de crítica... Hacer las obras es lo difícil, y aunque, en el fondo, siento que estoy bastante de acuerdo con tus apreciaciones, considero que estás en el deber de justificar tu autoridad inventando aquí, al desgaire, una historia de Noche Buena que coincida con tu manera de ver las cosas...

* *
*

Tomó la copa Eugenio Fleurit con ese ademán despreocupado que es tan peculiar en él: cierto abandono elegante.

—No será menester inventar una historia... Voy a referirles un sucedido real... a mi manera...

Se teñía ya el cielo con las exuberantes maravillas del crepúsculo. Fleurit dirigió los ojos al horizonte, y empezó su relato.

* *
*

—¿Ustedes han pensado alguna vez en lo que significa diciembre?

En otras partes, diciembre será el mes de la nieve, del frío y de la miseria frente al frío y la nieve. Aquí es otra cosa. Diciembre es en el trópico el mes de los vientos traviesos, de las hojas bailarinas, de las muchachas alegres, de los copetines frecuentes... Y, después de todo, sólo tiene una tragedia de muy poca monta: no hay presupuesto de empleado público o particular, de profesional modesto ni de periodista, que logre guardar el equilibrio ante las demandas económicas del mes... Pero esa es cosa de muy poca importancia. Todo se resuelve aumentando, en la contabilidad del enero siguiente, el cúmulo de deudas que renovamos, puntualmente, mes a mes. Pero tiene diciembre, además de las gracias que van dichas y la desgracia señalada, otra virtud; que así como da los gastos, da el buen humor para hacerles frente sin preocuparse de las menudencias cotidianas. En marzo, por ejemplo, hacer deudas por cincuenta pesos más de lo previamente calculado, equivale a enfermarse definitivamente de los nervios. En

diciembre no. Se aumenta el "debe". Y el mundo sigue andando, como dice el tango argentino...

Además, diciembre es el mes de las reminiscencias.

En ese mes celebramos el nacimiento de Cristo. En cierta medida, yo podría afirmar que todos nacemos en diciembre. Rememoramos los días infantiles, y tenemos una disposición de ánimo pueril y encantadora...

El mejor cuento de Navidad sería aquel en que un hombre recordase vitalmente su infancia, y la tradujese, valga el término, al lenguaje de los mayores.

Yo recuerdo, por ejemplo, que cuando diciembre se iniciaba, mis hermanitos y yo veíamos, desde el patio empedrado de la casona que entonces habitábamos, los augurios del cielo. Ahí, en las nubes, se forma una multitud de figuras que sólo están esperando el ojo infantil para revelarse en su magnificencia de promesas... Hay osos grandes y blancos... Cuando uno los muestra al hermanito menor, ya los grandes osos no son osos... se han convertido, por ejemplo, en pájaros inmensos, o en soldaditos de plomo...

¡Ah!... En las nubes se encuentra toda la profecía... Lo que traerá el Niño Dios está ya dibujado arriba... Unicamente lo comprende y descubre el ojo limpio de pecado del niño...

Ahora se me está ocurriendo una cosa que ustedes pueden calificar de ingeniosa, y que alguien diría filosófica. Diciembre es el último mes del año, es decir, el mes en que el tiempo está más viejo... Pues bien: cuanto más caduco y gastado se halla el tiempo más niño se hace el hombre...

* *
*

Los días de diciembre, mi hermana Carmela se pasaba haciendo proyectos. Proyectos de todas clases: casitas de cartón, para las hormigas coloradas del jardín... Las hormigas no querían vivir ahí. Tal vez por eso las casitas para hormigas de mi hermana Carmela no pasaron, casi nunca, de la etapa de los proyectos... Realizar un propósito es, en gran parte, acabar con él. Por eso no me parece del todo absurda, aunque sí bastante inmoral, la observación de Oscar Wilde... aquélla de que la mejor manera de librarse de una tentación es sucumbir a ella... Decía que Carmela se pasaba los días de diciembre haciendo proyectos. Por la noche, solíamos escribir cartas al Niño Dios, escogiendo cuidadosamente los errores de ortografía y de sintaxis posibles, para incluirlos en la misiva... El sueño nos entraba temprano...

¡Ah!... ¡me olvidaba!... reventábamos cohetes, muchos cohetes, comprados en la tienda del chino de la esquina con dineros que nos daban nuestros

padres. Porque en diciembre no burlábamos un solo centavo de los vueltos... El Niño Dios podía darse cuenta...

A mí me ha quedado la costumbre... En diciembre no hago buenos negocios... No los hago, a propósito... El Niño Dios podría enojarse. Yo creo todavía en el Niño Dios...

* *
*

Claro. Hoy, a mi edad, veo la Noche Buena de otra manera.

Por ejemplo, no se me escapa la dura realidad de que estamos semiborrachos en una tarde como ésta, en que se celebra una fiesta eminentemente espiritual. No se me escapa, tampoco, la figura de ese viejo obeso que está en la mesa de al lado, gastándose ingenuamente todo el dinero que quiere que gaste la mujer que lo acompaña. Pero dentro de toda esta pequeñez, ¿no estamos, acaso, contentos?... Con muy poco... Con unos cuantos tragos de mal ron, que el cantinero nos está cobrando ya como se le antoja. Y ese caballero, con una mujer que...

Pero la miseria humana es pan de todos los días. Sólo diciembre, y muy especialmente la Navidad, pueden darle a esta miseria un color especialísimo. Color de candor. Tengo la impresión de que ninguno de nosotros actúa como vicioso ni cede, propiamente, a los impulsos de su mezquindad. Sino que

todos estamos actuando como niños, y cediendo al capricho y la ilusión... Si la vida nos presenta día a día sus durezas, ¿qué mucho que nos refugiemos en este carísimo paraíso artificial de las copas, para soñar un poco?...

—¡No, Eugenio Fleurit!... ¡No! Eso no es un cuento! ¡Ni menos un cuento de Navidad! ¡Esas son elucubraciones de borracho!...

Eugenio no se molestó, ni cortó las alas al pájaro de su fantasía. Con la mayor naturalidad dijo:

—Belén es un nombre que suena como campana: ¡Belén!... ¡Belén!...

Que las campanas no tienen argumento, y, sin embargo, son gratas al oído y al corazón... Pero sigamos... Mi hermana Carmela era feíta. A los doce años se dio un estirón fenomenal, de modo que quedó siendo sólo ojos: un par de ojos grandes, muy grandes y expresivos, allá, arriba de unas canillas también muy grandes, pero, a la verdad, muy poco expresivas... A los catorce años le dio la gana de tener un novio. Pero no lo tuvo, y, en consecuencia, escribió versos, como todas las niñas que esperan un novio con vehemencia, o los varones que todavía no conocen los callejones de la aventura... El novio de Carmela vino con la Navidad, cuando ella tenía ya dieciséis años... Se lo trajo el Niño Dios, decía...

Pero yo no lo creo.

Aquel gringo bebía como un diplomático. Nun-

ca se emborrachaba. Pero sí se ponía un tanto nervioso, y le entraban unos deseos locos de hacer rabiar a mi hermana Carmela... Se iba primero con amigos, y luego con amiguitas como la de ese señor obeso...

Mi hermana no fue feliz en su matrimonio, está dicho.

Y yo tampoco, naturalmente, veía con buenos ojos aquella situación. Más de una vez estuve a punto de intervenir en forma violenta. Pero la consideración de que entre casados no debe uno meterse, me detuvo siempre a la orilla del acto de intervención... Como los políticos, veía la conveniencia de meterme; pero, como ellos, y considerando, sobre todo, que mi cuñado el gringo boxeaba admirablemente, encontraba siempre argumentos suficientes para respetar la soberanía de aquel hogar, que no era mío...

Tenía Carmela la costumbre de hacer un nacimiento hacia la Navidad, como la tenían, hasta hace poco, casi todas las señoras de casa. El nacimiento era un Belén absurdo, con ángeles colgados de pitas plateadas, reyes magos en camellos de barro, aviones de hojalata y patos de celuloide sobre la laguna, que era siempre el espejo ante el cual solía afeitarse mi cuñado Mr. Greenwood. ¡Igual todos los años el bendito nacimiento! No admitía más innovaciones que uno que otro muñeco de Ilobasco, obsequiado por alguna comadre vecina.

Llegó, por fin, la Navidad que interesa a la historia, y de esto no hace, en verdad, mucho tiempo.

Mr. Greenwood la celebró con todo el entusiasmo de su afición por el whisky, y Carmela con toda su afición por los embreados con aserrín verde y muñecos de barro.

A eso de las cinco de la tarde, ya mi cuñado estaba nervioso de tanto beber, y tenía una cita con varios amigos y amigas para ir de paseo toda la noche. Es decir, para contrariar, una vez más, a mi caritativa hermana...

Y para concurrir a la cita con toda la decencia del caso, tuvo mi cuñado la ocurrencia de ir a su casa a rasurarse.

Buscó el espejo inútilmente.

Por todos lados.

Pero el espejo, como es natural suponer, estaba en el tablado del nacimiento, haciendo, con toda dignidad, su papel de laguna para la flotación del pato de celuloide.

Al darse cuenta de esto, mi cuñado vaciló entre enojarse y no enojarse. Lo primero le pareció más pertinente, y en su mal español, porque nunca aprendió a hablarlo correctamente, increpó a mi hermana.

—¡Esh une grosheríe dejar marido sin espejo para feitarse! ¡Que vaya al diablo tu nashimento y tu Niño Dios!...

Aquello fue toda una tragedia.

Mandar al diablo al Niño Dios es cosa que sólo se le podía ocurrir a aquel gringo dipsómano y ateo.

Cogió mi hermana, con violencia digna, el espejo, y lo tiró a la cabeza de Mr. Greenwood. La cabeza dura en que ese y muchos otros espejos pudieran hacerse añicos. Pero eso habría significado desgracia, y diciembre es un mes generoso. ¡Admirable! No se rompió el espejo. Se rompió la cabeza del gringo.

Y otra cosa que también hacía falta que se rompiera cuanto antes: aquel matrimonio disparejo.

El caso es que cuando se abrieron los tribunales, ambos presentaron demanda de divorcio por mutuo consentimiento...

Y el Niño Dios les trajo, ese año, la tranquilidad hogareña que desde hacía mucho tiempo necesitaban.

Recuerdo a Carmela, todavía, haciendo casitas de cartón para que habitaran las hormigas. Hoy comprendo que era un delicioso disparate. Un absurdo muy caritativo y pueril. Pero, al cabo, que la entretenía inocentemente, dándole la ilusión de ser útil a los desvalidos animalitos... Acaso no hagan otra cosa los artistas que muy lindas casitas de cartón para que habiten esas hormigas de la humanidad, esos millones de seres para quienes un centavo tiene más valor que cualquier obra de arte...

* *
*

¡Es divertido!

Desde que empieza el mes de diciembre, y vienen estos airecillos frescos, empieza también Carmela a hacer casitas para hormigas.

Tiene aproximadamente, cinco años de divorciada.

Durante ese tiempo, ha hecho religiosamente su nacimiento, con el mismo embreado, los mismos pinos, el "misterio", el pato, los Reyes Magos y el espejo de afeitarse...

Míster Greenwood, religiosamente también, se ha dedicado a beber durante las navidades y los restantes trescientos sesenta y cuatro días del año. Sólo en los años bisiestos ha violado la norma, bebiendo, además de la Navidad, trescientos sesenta y cinco.

Es el caso que hace pocos días fui a verla. Me pidió unos cajones vacíos de los que tengo en el almacén, para su nacimiento. Nos sentamos en el corredor, y ella se quedó viendo hacia el cielo.

Tuve entonces la plena sensación de nuestra infancia, y la invité a revivir nuestros viejos días:

—Carmela... ¿No ves en el cielo una como barquita de dos velas?... Allá... entre aquellas nubes grises...

Se le empañaron un poquitín los ojos...

—Sí... Y más allá hay una pareja bailando... ¡Mira!... ¡Mira!...

Había un par de nubes. Si ese par semejaba o no un hombre y una mujer bailando, es cosa de cada

uno... Yo no vi lo que vio Carmela, pero no puedo negar que las nubes hayan semejado tal pareja...

Sería que en el corazón de Carmela una campana sonaba, sin argumento alguno, su dulce voz: ¡Belén!... ¡Belén!...

Hicimos silencio largo rato.

El continuó:

* *
*

Pero diciembre es niño. Definitivamente niño. El alma se abre a la confidencia como una baya dehiscente en plena madurez. Guardar secretos en diciembre ha de ser una cosa muy difícil. Porque no es cosa de niños, y en diciembre sólo se hacen locuras o tonterías... Locuras como la nuestra, o tonterías como la de ese señor gordo, que está pagando todo lo que quiere la mujer que lo acompaña...

Ignoro si será una locura o una tontería:

Carmela me hizo una confidencia.

Bajando los ojos, como avergonzada, jugando con la orilla de su delantal, como si fuera una colegiala sorprendida en alguna travesura, me dijo:

—Eugenio... quiero decirte una cosa...

—Anda, dila...

—Es de Greenwood... mi ex-marido...

—¿Qué se ha enredado con alguna mujer? ¡Vaya!... No te preocupes... Al cabo...

—No, no es eso...

—Que esta mañana vino...

—¿Ajá?

—Y me dijo que venía a afeitarse...

—Lo hubieras mandado a la barbería...

—Me dijo que quería afeitarse ante el espejo... Y me desarmó el nacimiento... Quitó el pato que estaba encima y...

—¿Y qué más?...

—Nada. Que se afeitó.

—Bueno... ¿Y eso, qué tiene?

—Que al irse me dijo que...

* *
*

Y ahí tienen un cuento de navidad que no acaba en gente muerta de frío ni de hambre, ni en niños desilusionados por la miseria, sino en una buena chiquilla de cuarenta y cinco años, que empieza, de nuevo, a fabricar una casita de cartón para las hormigas, sabedora, de antemano, de que las hormigas ni querrán ni podrán vivir ahí. Pero en su corazón una campana repica:

¡Belén!... ¡Belén!

...Y con este vientecillo y estas cosas de diciembre, sólo se pueden hacer locuras como la nuestra, o tonterías como la de ese señor...

* *
*

Cuando Eugenio Fleurit terminó su historia, su copa de ron estaba llena hasta los bordes...

E. O.

CUANDO obtuve mi diploma de bachiller en ciencias, mis padres me enviaron de vacaciones al pueblón, a casa de la abuelita. Llevaba una traje nuevo de casimir, y dos corbatas maravillosas. Un reloj de pulsera, dorado y reluciente, adornaba mi muñeca. Y aunque en la barbilla apenas si se insinuaba la posibilidad de un proyecto de vellosidades, ya iba apercibida en mi valijín de mano la maquinilla de afeitar. Lociones no, ni polvos de talco, porque de esas zarandajas de tocador no usan los bachilleres de dieciséis años que se precian de su hombría. Sólo me faltaba un anillo de oro.

Y ése era precisamente el regalo de la abuelita.

Después de abrazarme y besarme, abrió el viejo escritorio del abuelo, y sacando una cajita minúscula, envuelta en papel de china rosado, y atada con una cinta celeste, dijo:

—Este regalito... ¡para el bachiller don Enrique Oliva!...

No quise demostrar mi impaciencia. Esperé estar solo. Entonces abrí el paquetito, y vi que la caja contenía el anillo. En la plancha frontal, mis iniciales se entrelazaban con una multitud de arabescos: E. O.

Un bachiller recién egresado, no puede ignorar nada. Todo lo referente al anillo, lo supe al primer golpe de vista: que no costaba mucho dinero; que el grabador había querido grabar las letras más sencillas, pretextando que eran más elegantes; que la abuelita había discutido con él, hasta imponer su gusto añejo; que la viejecita había ido guardando, centavo a centavo, durante el año entero, los fondos necesarios para sufragar el obsequio...

Y como soy —siempre lo he sido— un sentimental de tomo y lomo, me encariñé con el anillo al instante. Sobre ser lo único que me faltaba para presentarme dignamente en sociedad, era un obsequio que se me hacía con amor y sacrificio...

Me lo coloqué en el anular de la mano izquierda. El sitio preciso para que las muchachas me preguntaran si ya tenía novia, y me dieran pábulo para iniciar una conversación sobre el amor...

Pero yo no estaba acostumbrado a sortijas. Sentía la presencia del anillo en el dedo. Me pasaba sobre él el pulgar, a cada momento. Me sudaba la falange.

Por la noche, hube de quitármelo. Dormir con aquello, era ya imposible...

Así, poniéndomelo y quitándomelo, pasé cuatro días. Cuando por la noche, iba a ver a Carmelina Gómez, o a Rosita Jiménez, o a la muy romántica y bien recordada María Amelia —recordada ella, olvidado su apellido— el anillo no podía faltar. Pero cuando estaba solo, me quitaba el elegantísimo estorbo.

Como Dios me hizo para muestra de gente desordenada y descuidada, advertí una tarde que mi anillo no estaba donde yo creía haberlo puesto.

—Ya aparecerá... —me dije.

Pero no apareció ese día, ni el siguiente, ni el que seguía al siguiente...

Yo disimulaba la pérdida.

En el comedor, escondía lo más posible, a los ojos de las tías —pues ya la abuelita era corta de vista— mi mano izquierda, para que no fuesen a advertir la falta.

Pero mi desgracia estaba predeterminada por los astros.

Tía Eva fue la primera en notar lo que yo temía:

—Enrique... ¿Y tu anillo?...

Cambié de color cuatro veces seguidas. Por fin logré aplomo:

—Lo he guardado... Como no tengo costumbre de usarlo...

Me creyeron. O yo creí que me creyeron.

Pero las vacaciones tocaban a su fin. Pronto, muy pronto, tenía que encontrar el anillo, o presentarme ante mi madre con una historia que, yo lo sabía, había de disgustarle enormemente.

No hallaba qué hacer.

Hurgué todos los rincones, todos los muebles de los rincones, todas las gavetas de los muebles de los rincones.

En vano.

Entonces confié mi cuita a la muy romántica y bien recordada María Amelia, y ella me dijo:

—Ya sólo Luisa Swan te puede ayudar...

Y yo di un respingo.

No podía creer en esas cosas. ¡¿Qué se podría decir de un bachiller en ciencias que anduviera en tales belenes?! Yo, con mis conocimientos de álgebra y de psicología, de lógica y de historia, ¡¿ocurriendo a una bruja?!

Pero ocurrí a la bruja, que no era bruja, sino una vieja amiga de mi familia, aficionada a las "ciencias ocultas", tan ocultas que ni los bachilleres de diecisés años logran encontrarlas...

Luisa me recibió con una sonrisa seca y fina, entre las múltiples arrugas del rostro fino y seco. Me acordé de la estampa de Voltaire que aparecía en el texto de Literatura.

—¡Enrique!... ¡Pero tú en estas cosas!... ¡Un bachiller!...



—Sí, Luisa... Un bachiller... Haz lo que puedas... Búscamelo en la bola de cristal, o ponte en trance, o...

—¡Ay, m'hijo!... La bola de cristal se la presté hace dos años a un señor de Sonsonate, y no la he vuelto a ver ni en otra bola de cristal... Pero ya veo tus apuros, y no quiero que digas que en un momento así te fallan los buenos amigos de tu casa... Vamos a intentar, mañana por la noche, porque hoy es jueves, y no se puede, encontrar tu anillo...

Y la noche del viernes llegó. Más lentamente de lo que hubiera llegado sin la promesa de Luisa. Con una lentitud atroz. Y como la cita era a las ocho, ya me tenía Luisa en su casa a eso de las siete...

¡Por fin!

Aderezó unos lienzos negros, encendió una vela, y colocó, frente a los lienzos y la vela, un vaso de agua. Luego empezó a hacer "pases magnéticos" sobre el vaso. Sus manos afiladas descendían suave y morosamente en torno a él, y se veían amarillas a la luz muerta del aposento.

—Mira fijamente... Procura no parpadear... Fija tu atención en el anillo...

Y no sé qué ocurrió. Acaso mi imaginación. Una neblina lechosa se presentó en el agua, luego se esfumó, y apareció una sombra negra y movible.

—¿Qué ves?...

—Una sombra...

—Fíjate en ella... Ahora, ¿qué ves?...

La sombra había tomado el aspecto de un gato sentado, visto de frente.

—Un gato... Míralo bien...

El ojo izquierdo del gato se fue poniendo más brillante, mucho más brillante que el derecho, hasta tomar el aspecto de un ascua. Segundos más tarde, el ascua caía frente a las patas del animal, y quedaba ahí, mostrando el retorcido monograma:

E. O.

¡Era mi anillo!

—¡Basta! —dijo Luisa—. ¿Hay gato en casa de tu abuelita?

—Sí...

—¿Es negro?

—No: es gris oscuro...

—No importa. Ese gato tiene tu anillo. Persíguelo. Ahí donde se acueste, estarás tú espantándolo. Vas a encontrar tu anillo...

Con la última aseveración, hecha con tan formidable aplomo, yo me sentí aliviado. Di las gracias a Luisa, y regresé a contarle, muy en privado, con los labios puestos en el pabellón de la oreja, a la muy romántica y bien recordada... Ella me ofreció guardar el secreto.

Y empezó la tortura de Morón, el gato gris.

Ninguna siesta en paz. Ningún rincón libre de mi grito, ¡zape!, y de mis manos hurgadoras, y de

mis ojos inquisitivos. Por donde el gato, Enrique... En la cocina, en el patio, en los dormitorios, en el comedor, en el tabanco... ¡hasta en el tejado!...

¡Y no apareció el anillo!

¡No apareció!

Una noche antes de emprender el viaje de regreso para decir a mi madre: "Abuelita me dio un anillo, y yo..." una noche antes, digo, llegó, por casualidad, Luisa Swan a la casa de la abuelita. Y en presencia de todos, me preguntó por el anillo.

Entonces la confusión fue mayor. Tuve que confesar la pérdida. Tuve que confesar —¡horror!— que el bachiller en ciencias había solicitado los servicios de la bruja. Tuve que confesar que en el vaso había visto lo que había visto...

Y a medida que yo contaba, los ojos de mi tía Eva se agrandaban. Como de estupor. Como de sorpresa. Como de espanto.

Cuando terminé mi relación, me llamó aparte:

—Enrique, ¿es cierto que viste todo lo que dices?...

—Cierto.

—¿Lo podrías jurar?

—Lo juro...

—Ven...

Solemnemente me tomó de la mano, y me llevó al inmenso armario de nogal, de tres cuerpos, que estaba en su aposento. Se desprendió el llavero de la pretina. Buscó la llave. Y antes de abrir, me dijo:

—Cuando yo te pregunté por tu anillo, ya lo había encontrado. Quise darte una lección, para que en lo sucesivo fueses más cuidadoso y ordenado. Lo dejaste en el baño. De ahí lo tomé yo, y mira donde lo guardé:...

Abrió la puerta del armario.

Ahí, frente a mis ojos, estaba la alcancía de barro de mi tía Eva: un gato negro.

Y a los pies del gato, negro y sentado, brillaba el ascua de mi anillo, con su reluciente monograma:

E. O.

* *
*

¡Ah, Luisa Swan!... ¡Cuántas cosas he perdido desde entonces!...

LA NOVELA MECANICA

GENERALMENTE, los sueños se me dan de una manera difusa, borrosa, en que los personajes mismos no alcanzan a tener la precisión necesaria para que los recuerde al despertar. Los acontecimientos se presentan, no sólo en desorden, sino, al parecer, sin la mínima ilación. Lo que empieza como una tertulia, toma el aspecto de un soliloquio; lo que en un comienzo es un caballo que pace con bucólica tranquilidad, resulta, a los pocos segundos, ser una bicicleta que corre sola y desaforadamente.

Pero a veces, amigos míos, raras veces, por cierto, el mundo de los sueños parece cobrar dimensiones de realidad: los seres se perfilan a maravilla, los paisajes se detienen, los acontecimientos se hilvanan, y yo mismo no sé distinguir si estoy soñando, o si estoy viviendo uno de los instantes auténticos de mi vida.

Hoy voy a contarles una experiencia onírica de lo

más interesante que he tenido en mis cuarenta años de escritor. Ya ustedes conocen casi toda mi producción literaria, y estarán, como es inevitable, bajo la impresión de que soy lo que se dice un ensayista más o menos aceptable. Lo que no admitirán ustedes, si lo oyesen decir a alguien, es mi calidad de novelista. No he escrito un solo cuento en mi vida. Si mañana, por ejemplo, dijeran los diarios: "...el insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar otra novela que, como todas las suyas, será un verdadero acontecimiento en el mundo de las letras", si dijeran eso los diarios, repito, ustedes sonreirían del candor del reportero que escribiese esas líneas.

Y sin embargo, señores, soy un novelista. Un "insigne novelista", si ustedes quieren, sólo que, como diría Aristóteles, *en potencia.* Toda mi vida he soñado con escribir una novela. He hecho varios ensayos que mi rigor auto-crítico me ha impedido dar a conocer. He sufrido muchas decepciones. Pretendo llegar a escribir, un día de tantos, la novela que, considero, está haciendo falta en América. Una novela que sea algo más que un relato sentimental o un ensayo sociológico disfrazado con el ropaje de la peripecia; una novela que constituya una especie de corte geológico en el cual puedan verse, completos, los estratos de la sociedad americana, del alma del hombre americano, y del alma del tiempo que vive América... El empeño no es poca cosa. Y ustedes

volverán a sonreír si yo les digo que ya lo hice... en cierta forma... en el mundo de los sueños... En el mismo mundo de los sueños en que los periódicos presentaron a ocho columnas, con la letra más grande de sus fuentes, la noticia despampanante cuya redacción comenzaba: "El insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar..."

Bien. Veo la sorpresa de todos ustedes, y hasta quedo bajo la impresión de que, allá en sus fueros íntimos, me están considerando como medio desequilibrado, o como un desequilibrado del todo.

Admito la realidad del estupor que los embarga, y hasta justifico, en cierta forma, la compasión que empiezan ustedes a sentir por mí. Mas estoy cierto de que cuando concluya de referirles lo acontecido, lo verdaderamente acontecido en aquella órbita, se sentirán reconfortados con los auxilios de una sana lógica y la ayuda de los más modernos principios científicos. Empero, les ruego un poco de paciencia, porque antes de entrar en lo medular del relato, tengo que comunicarles los antecedentes psicológicos que darán la clave para entenderlo.

* *
*

A la hora del desayuno, como me levanto casi siempre tarde, apenas si me queda tiempo para tomar mi taza de café y leer los titulares del diario.

Muy rara vez leo alguna noticia completa. Con informaciones tan sumarias como las que me dan los cabezales, me lanzo a los trajines cotidianos. Si alguien me pregunta:

—Ya supo, don Arcadio, que los ferrocarriles van a la huelga? Qué considera usted de sus razones?

Yo respondo con la seriedad del caso:

—El que se van de huelga, ya lo supe; externar, por el momento, criterio, me parece prematuro...

La verdad es que no puedo expresar opinión antes de la noche, porque es hacia las ocho o nueve, cuando ya mis obligaciones de profesor y mis compromisos con las editoriales me dejan libre, cuando yo tomo los diarios y, cuidadosamente, voy informándome de los acontecimientos y de los pareceres que en ellos constan.

Una de estas noches, leí que en los Estados Unidos acababa de construirse una máquina calculadora electrónica. Según las descripciones, aquello era un verdadero cerebro mecánico. Se proporcionan a la máquina los elementos de juicio, los datos matemáticos fundamentales; se aprietan botones, se adelantan o se atrasan palancas; se conectan switches, y en cosa de minutos la máquina realiza operaciones tan complejas, tan largas, tan difíciles, que los astrónomos pasarían años en resolver las ecuaciones intermedias. La máquina —agregaba la noticia— será usada en cálculos de astronomía, de física atómica, de aviación supersónica, de geometrías no euclídeas,



y qué sé yo en qué cantidad de aplicaciones prácticas.

Quedé pasmado ante semejante noticia; pero, conocedor de más de uno de esos inventos maravillosos (y el linotipo es una de esas imponderables invenciones del hombre), acepté la realidad de la calculadora en cuestión. Me hice, sí, la reflexión, de que aquel cerebro electrónico realizaría todas las operaciones mentales de lo que Kant llamara "juicios analíticos", pero que no podría realizar una sola operación de carácter sintético. Es decir, que la máquina desmenuzaría, hasta polvillo quántico, las verdades contenidas en una ecuación cualquiera; que podría sacar de un dato general, la infinita gama de datos particulares que ya estaban implícitos en aquél; pero que no podría, por muy sabia que fuese, agregar un protón, un electrón, un neutrón de verdad nueva, completamente ajena a los datos iniciales...

Nosotros, los profesores, solemos buscar todos los ángulos posibles a una tesis. Me imaginé lo que la calculadora electrónica si, en vez de datos numéricos, se le proporcionasen, como punto de partida, verbos, sustantivos, pronombres, adverbios, adjetivos... Y recordé, entonces, haber encontrado una vez, entre mis lecturas, un capítulo sorpresivo y sugerente a más no poder, del filósofo jesuita Garmar, que se titulaba: "La Máquina de Pensar".

Busqué las "Sugerencias" de Garmar en mi bi-

blioteca, di pronto con ellas, y empecé a releer el capítulo. Matemáticamente, sostiene el autor que el número de combinaciones posibles entre x elementos, es el conocido como *factorial* de x; que, por ejemplo, el 1, el 2 y el 3, pueden ocupar sólo 6 posiciones relativas, pues el factorial de 3 es 6, producto de la siguiente multiplicación: 1 x 2 x 3 igual: 6.

Así todas las letras del alfabeto, más los signos ortográficos, los blancos y corchetes y otros tipos que se emplean en las imprentas, serán por ejemplo 50. Unas cien fuentes completas, tendrán 5,000 unidades; el número de *todas sus posibles combinaciones,* será de *factorial* 5,000. La cifra es monstruosa, quizá incalculable, y si se inventara una máquina que pudiese barajar dichos signos y *combinarlos* en *todas esas combinaciones posibles,* se habría inventado una máquina capaz de escribir, desde las más estúpidas historietas de lujuria, hasta las excelsitudes de la Biblia.

* *
*

Se hizo tarde, y me fui a la cama. No podía conciliar el sueño. Las calculadoras electrónicas y las máquinas de pensar, me torturaban las sienes. Entraba ya a elucubrar sobre si el pensamiento no estaría sujeto a meras leyes mecánicas, matemáticas, y la realidad psicológica del hombre no pudiera reducirse, como insinúa Garmar, a una mera cifra

factorial entre las posibilidades de combinación de palabras o ideas, cuando me empezó a invadir un sopor.

* *
*

Alto, rubio, transparente, el Profesor Williamson me miró al través de las gruesas lentes en que se sumergía su penetrante mirada azul. Arrugó el ceño, y con un ademán misterioso de su mano fina y larga, me señaló una puerta:

—Now, my dear Professor Serrano, you will see...

¡Ahí estaba la calculadora electrónica de la Universidad!

Por una deferencia, el Profesor Williamson empezó a hablar en un castellano bastante correcto:

—Como yo no soy matemático, he procurado introducir en este cerebro mecánico, algunas modificaciones que le permitan ser útil para otras actividades intelectuales...

—¿Y para la filosofía?

—¡Oh, no!... Empecé ensayando con Filosofía. La máquina recibía las sugerencias iniciales, y las iba elaborando con rapidez... Pero fue un fracaso...

—¿Un fracaso?

—Sí: en vez de concluir estructurando un sistema original, que me hubiera permitido presentarme ante el mundo de la especulación como el creador de

nuevas posiciones del espíritu, la máquina terminaba siempre con un solo nombre. Generalmente, escrito en griego... Heráclito, Parménides, Demócrito, Pirrón... ¡No logré ninguna novedad!

—¿Entonces?

Tomó un aire solemne y continuó...

—... Pero yo me tengo que morir esta noche, y le voy a dejar esta maravilla... Usted es, Profesor Serrano, el único hombre que le puede sacar provecho... El mundo ignora que este cerebro existe así, acomodado para el servicio de las letras...

Y empezó a enseñarme su manejo.

Luego, la figura alta, rubia, transparente del profesor Williamson, se transparentó hasta lo indecible, hasta lo imposible... ¡Y me vi dueño de aquel portento que me permitiría ser el más grande novelista del mundo!

Yo preparaba una receta más o menos en estos términos:

Amor	15 partes
Otras pasiones humanas	10;
Buen humor	10;
Tragedia	10;
Optimismo	25;
Paisaje	10;
Estilo	20;
TOTAL	100 partes

El artefacto echaba a andar. Un ruido de piezas interiores, y el papaloteo de las cuartillas que salían disparadas por un viento artificial. A los pocos minutos, la obra se encontraba perfectamente impresa. Con aquellos elementos, la máquina creaba la novela, sin falsear en un adarme las dosis que le habían sido suministradas; "paraba" el material en una especie de linotipo acoplado, en el cual no podía haber el mínimo error de ortografía o de puntuación; pasaba las páginas, en perfecto orden de numeración a la correspondiente sección de estereotipia, y luego a la rotativa. Todo en un solo cuerpo, sobrehumanamente organizado. Todo eficiente e inmediato. Hasta la encuadernación.

Y al día siguiente, los diarios hablaban de la obra. Empezaron a lloverme calificativos agradables. Cada libro que salía de mi artilugio, hacía elevar el tono de los epítetos. Con los primeros trabajos, fui "el hallazgo de las letras de América"; con los siguientes "extraordinariamente talentoso"; con los otros, "el maestro de la novela americana"; con las últimas obras, ya se me empezaba a llamar "genial".

Entonces se me ocurrió introducir algunas modificaciones en la maravillosa invención. Ya no le daría recetas, más o menos artificiales. Ya sólo le daría órdenes al través de un micrófono. Ordenes precisas, tajantes, que el cerebro mecánico se encargaría de realizar sin dilaciones ni excusas.

Llamé en mi auxilio al espíritu del Profesor Wi-

lliamson, y sentí una auténtica iluminación interior. Me atreví entonces, con un atornillador, unas tenazas y un soldador eléctrico, a meter mis pecadoras manos en aquel laberinto de alambres y válvulas. Cambié de sitio algunos tubos, agregué unas conexiones y alteré otras. Me sentí completamente seguro de lo que hacía. Y ensayé de nuevo.

Al instalar el micrófono, dije a la máquina:

—Quiero escribir la mejor novela que hasta el momento se haya escrito en Centro América.

—Estuvo el cerebro, al principio, un tanto lerdo. Subí el voltaje. Esperé a que se calentaran los tubos, y repetí la orden.

Entonces sonó una campanilla, y comenzó el rítmico golpeteo de las matrices linotípicas. Nació mi voluminosa novela "Silencio del Trópico", en edición de lujo. La crítica la acogió, desde el primer instante, como la más grande y noble novela centroamericana escrita jamás.

Quise ir más lejos, y ordené la mejor novela de toda Latino América. Fue entonces cuando los periódicos del Continente se deshicieron en elogios de la forma, del fondo, del dinamismo, etc., de mi obra "El Cóndor", novela muy por encima de "La Vorágine", de "Doña Bárbara", y de cuanta otra pudiera haberse escrito en la América Hispana.

De esta misma calidad, ordené otros tres o cuatro libros. El orbe estaba ya asombrado no sólo de la

estructura y el estilo, sino de la abundancia del material que yo lanzaba a los mercados.

Pero yo no estaba satisfecho.

Pedí la mejor novela de la literatura moderna en todo el globo. El cerebro mecánico la dio. Mi fama no podría ya ser superada.

Mas a medida que aumentaban mis facilidades, más me embargaba cierta pereza mental. Al principio siquiera leía yo las obras que salían de mi fabulosa maquinaria; después, ni eso... Las dejaba circular con la irresponsabilidad más estupenda, y sólo me molestaba en leer lo que de mí decían los diarios de los cinco mapas continentales.

De pronto, quise dejar de una vez por siempre, estampado en letras de oro, como se dice en lenguaje cursi, mi nombre en los fastos de la historia. Y ordené a la máquina la impresión de la mejor novela del mundo, de todos los tiempos...

Crujieron las ruedas dentadas, sonaron las matrices, se escuchó el ruido de las bielas... y empezaron las cuartillas a caer en el depósito en que esperarían la mano mecánica que, desde el sector de encuadernación, vendría por ellas.

La máquina trabajó como nunca: dos, tres, cuatro horas...

Yo tomaba, morosamente, mi taza de café, cuando la campanilla que avisaba el final de la obra, me indicó la necesidad de desconectar.

Al día siguiente entró en mi despacho, desafo-

rada, medio loca, una señorita a quien yo no conocía. Agitaba en las manos, frenética, un ejemplar de periódico. Me lo restregaba por la cara, y me decía:

—¡Infame! ¡Infame!... ¡Lea!...

Y yo leí en grandes titulares:

"El profesor don Arcadio Serrano, un impostor". El subtítulo rezaba: "El gran novelista mundial se ha vuelto loco: ha cometido el más estúpido plagio literario de la humanidad."

—¿Cómo es esto? —pensé— ¿Se habrá equivocado el cerebro mágico? ¡Imposible!...

Impulsivamente, me dirigí a la bodega, en busca de mi última obra, de la mejor novela escrita en el mundo en cualquier tiempo de la historia. Abrí y empecé a leer:

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivió no ha mucho tiempo, un hidalgo manchego, de los de lanza en astillero..."

BAHIA LEONORA

—ESE MAR que usted ve ahí... yo me lo inventé.

En cualquier otra circunstancia habría dudado de la razón de Nicolás Alberto. Pero ahora no. En sus ojos brillaba la chispa de la inspiración. El estaba seguro de haber inventado ese mar. ¿Y por qué no?

—Verá usted... Todo eso, era un desierto, o algo parecido. Sólo crecían unas yerbas pardas, sin vitalidad, hostiles. Cuando yo vine por primera vez, me dije: aquí hay que inventar algo.

Y pasé mucho tiempo indeciso.

A veces se me ocurría inventar un jardín. Pero, a la postre, me resultaba eso vulgar. Si Ud. lee las revistas norteamericanas, se dará cuenta de que con frecuencia los desiertos se convierten en jardines. Una cantidad racional de abonos, cuya naturaleza se determina en los laboratorios después de analizar las tierras; luego, un poco de lluvia artificial, también dosificada y exacta; temperaturas medidas... y el

milagro está hecho. Transcurrido un tiempo, usted tiene un parque florido en donde sólo había arena. Cualquier agricultor, con conocimientos de química y dinero suficiente, hace eso.

Se me ocurría, también, invertir totalmente el paisaje. Poner abajo el cielo, y encima la tierra. Para ello me habría valido de dos métodos, a cual más científico y seguro. Pero una variante así, me resultaba, en realidad, poco original. Más o menos así se realizan muchas cosas en nuestro mundo. Los sabios ocupan posiciones menguadas, en tanto los mediocres asumen las de mayor relieve. Un juego de espejos y lentes, por ejemplo, trocaría las cosas al revés. Habría tenido su encanto, sin duda, eso de ver el cielo abajo y arriba la tierra. Los místicos lo están pidiendo desde que Cristo enseñó a pedirlo: "venga a nos el tu reino". El reino de los cielos, en la tierra, daría a nuestro planeta una riquísima sensación de ingravidez. Toda esta cosa pesada que forma la cáscara del mundo, imagínese, estaría sostenida por un plinto de aire deleitosamente azul...

—¿Y el otro método?...

—Bien: con usted se puede hablar... se lo diré. El otro método hubiera sido sólo para mí. Una solución egoísta. Por eso lo rechacé.

Aspiró una fuerte bocanada de aire marino, como quien fumase una pipa gorda y vieja, y prosiguió:

—Si usted ha estudiado algo de fotografía o de

anatomía, sabrá que tanto en el ojo como en cámara fotográfica, las imágenes se invierten. Es en nuestro cerebro en donde una nueva inversión, nos coloca las figuras en su prestancia normal. No sé yo exactamente en dónde, en qué parte del sistema nervioso, un cirujano no podría alterarme el orden visual, y dejar que las imágenes llegaran a mi cerebro totalmente invertidas. Pero, le repito, eso habría sido egoísmo puro. Claro que el único mundo que a la postre le interesa al hombre, es su propio mundo, tal y como lo ve. El llanto de una criatura que ahora llora en el Japón, y el dolor de muelas de un posible campesino egipcio, no me interesan ni me lastiman, porque no pertenecen a la órbita de mis percepciones actuales...

No. Yo quería un prodigio auténtico. Algo que modificase el desierto para mí y para todos, objetivamente.

Nicolás Alberto se puso la mano, grande, rugosa, por el pelo entrecano, echando hacia atrás el mechón que le caía sobre la frente. En ese preciso instante, sí noté el tremor de su locura. Y no por lo que me había dicho, sino por un algo indefinido que le tornó los ojos de azules en pizarrosos y ausentes. Pero seguí guardando silencio. Estaba decidido a escuchar íntegra la historia de mi amigo.

—¿Se acuerda usted de Leonora?...

—¿Leonora?... ¿qué Leonora?

—No sé. No supe nunca su apellido. Era una muchachita de seis años, más o menos.

—¿Y...?

—Nada, que a ella le debo la idea.

Caminamos algunos metros, hacia las rocas altas que hay en el poniente, y nos sentamos sobre una de ellas. Nicolás Alberto continuó:

—Aquí, en este desierto, tenía yo mi casita. Pequeña, pero suficiente para un hombre medio anacoreta como yo. La palabra "desierto" es en este caso mucho más literal de lo que usted se imagina. Aquí no había agua. Aquí hacía calor. Aquí no se escuchaba el canto de los pájaros, ni ese constante acezar de las olas que hoy me sirve de compañía. Aquí, para decirlo de una vez, no se me ocurría nada para el libro que pretendía escribir. En muchas ocasiones estuve a punto de desistir del empeño. Hasta llegué a creer lo que afirmaba la vulgaridad sobre mi salud mental.

Un día recibí una carta pasmosa. Un poeta de no sé dónde, me invitaba a realizar una locura de verdad. Entre otras cosas, me decía que al leer mis primeras producciones, se había hecho la esperanza de que no sería yo un revolucionario de las formas, sino de las esencias. Su carta estaba fechada, eso sí lo recuerdo bien, en un manicomio. Me gustó porque se salía rotundamente de lo normal. Venía, además, ilustrada con unos deliciosos dibujos primiti-



vos, que bien pudieran ser trazados por la mano de un niño o la de un esquizofrénico.

La carta me hizo una impresión formidable. Y me consideré obligado a satisfacer a aquel extraño y desconocido poeta, cometiendo una locura auténtica, de las que pudieran encontrarse más allá de las clasificaciones de los psiquiatras.

Por muchos días le di vueltas en el magín a la idea.

Pero el silencio me embotaba.

Hay cierta cuota de silencio indispensable para los trabajos del espíritu; mas, amigo mío, no me negará usted que cuando el silencio se vuelve concreto, pesado, lleno de aristas, es necesario ponerse a gritar. Yo ya casi gritaba.

Salí una tarde, desesperado.

No tenía ideas, ni deseos, ni gustos. Un tedio caliente me abrazaba, se me subía por las barbas y se me arrinconaba en las comisuras de la boca. Yo lo sentía amargo.

Iba por donde estábamos hace un instante, y me encontré a Leonora.

Era sencillamente linda. Morenita, gordezuela. Estaba riéndose tan sin motivo, que pronto me puse a reír con ella. Y tenía un hoja de papel en las manos.

—A ver, muéstrame eso —le dije.

Y la chiquilla me alargó un dibujo.

Igual a los dibujos de la carta del poeta loco.

El mismo trazo decidido y anárquico. La misma seguridad de que las cosas pueden ser de otro modo.

—Y eso, ¿quién lo hizo?

—Yo.

—¿Y qué es?

—Este es un árbol que da nubes bien maduritas y dulces. Este es el mar. Por este camino vienen los barcos a ver el mar, y se van cuando es hora de acostarse. . . .

—Entonces me vino la idea luminosa. Yo haría este mar. Una bahía. Para satisfacer al loco de la carta, y poderle llamar "Bahía Leonora". Así se llama. Aquí me vengo yo, frente al oleaje todas las tardes, y me siento verdaderamente un artista. Porque la tarea del artista no es soñar: es crear. Y crear es obra de dioses. Aquí yo soy el dios, el dios pequeño, una especie de Poseidón iluminado. Todo esto es mío. La espuma, la hice yo. El ruido, lo hice yo. Hice también las rocas, los peces que duermen bajo las mareas. Todo. Suelo quedarme aquí largas horas, sólo viendo. Y cuando ya el sol se hunde tras de aquellas montañas, que ésas no las hice yo, entonces me voy despacio. Y desde que hice todo esto, ya puedo escribir. Ya no me acogota el silencio. Ya no me muerde el calor. Ya no se me amarga la boca.

—Nicolás Alberto. . . ¿Me dirá usted cómo hizo todo esto?

—No. Perdóneme. Ese es mi secreto. Mi único secreto. Hoy es ya tarde. Regresemos.

—¿Qué fue de mí? No lo sé. Un velo triste cayó sobre mis ojos, y dejé de ver aquella linda Bahía Leonora. Había sólo un camino —¿sería el camino por donde los barcos venían a ver el mar?—. Bordeado de unos pocos árboles anémicos. Lo demás, tierra estéril, muerta, dura.

Y a mi lado un alma recia y dulce, que ponía el mar, con rocas, con espuma, con barcos, en cualquier parte en donde estuviera el recuerdo de una carta o de una niña.

ABN AL JASCHID

HAY QUE reconocer que la idea de Abn Al Jaschid fue original sólo hasta cierto punto. Los grandes elogios que recibió, parecen radicar más en el valor práctico, que en el valor científico del invento, porque, al cabo, cualquier otro químico del Universal Technologic Institute, habría podido venir a parar a lo mismo.

Se le había encomendado el desarrollo de una de las más interesantes cadenas del Carbono, en busca de un material plástico que, transparente como el vidrio, tuviese un alto grado de fusión, una gran elasticidad, y algunas otras características señaladas en la cédula de requerimiento. La cadena le había dado ya varias sorpresas, porque el Carbono, como algunas tribus africanas, guarda misterios despampanantes.

Por ejemplo, estaba el asunto aquel de un alcohol verde claro, perfectamente imprevisto, cuyo deli-

cioso aroma de claveles le había puesto una borrachera súbita de la mejor calidad, y que, bebido en dosis mínima, lo había echado a dormir cuatro días seguidos, soñando en una hermosa bacanal. Esto, para sólo mencionar una de las sorpresas intermedias. Porque la máxima fue la que produjo su triunfo y su fracaso... Yo estoy seguro de que Abn Al Jaschid no dio en ese clavo intencionalmente.

El trabajó en silencio. No puedo afirmar que honestamente buscara sólo esa especie de vidrio sintético que le había pedido el Instituto, porque sé lo fantasioso que ha sido siempre mi amigo el árabe. Como que lo conocí en una ciudad mediterránea, que hoy no puedo recordar cuál sea, hablando de una especie de química-poética, llamada a revolucionar la aplicación práctica de su ciencia.

—Vea usted —me dijo—. El mundo occidental está perdiendo su tiempo en estos territorios científicos, porque se ha propuesto ganarle tiempo al tiempo... Le parece una paradoja; pero no es. Como el interés que tienen mis colegas europeos y norteamericanos, es el de hacer las cosas más rápida y cómodamente, se han olvidado de que en verdad nos hace los minutos más breves y amables, es lo que no tiene valor práctico...

—Pero no me negará Ud. que es una maravilla tener disponibles lo que pudiéramos llamar signos del siglo XX: el radio, el automóvil, la cinta engomada que los gringos llaman "tape", el sistema de

venta a plazos, el Corn Flakes supervitaminizado y con rayos ultravioletas...

—Es una maravilla, si Ud. quiere, cuando todavía no los tiene. Pero cuando ya los tiene no sabe qué hacer con ellos, como no sea trabajar. Y entonces resulta que en vez de haberle robado tiempo al trabajo en general, lo ha hecho Ud. con cada uno de los trabajos particulares que tiene pendientes, con lo cual le queda más tiempo disponible para trabajar... Ha citado con acierto el asunto de las ventas a plazos. Eso ocurre con todo. Cuando usted está terminando de pagar las letras del carro, ya le empiezan a cobrar los papelitos verdes de la refrigeradora, y no ha concluido con ellos, cuando el banco le avisa el descuento o redescuento de los pagarés que firmó a favor del vendedor de radios. Su presupuesto no se desahoga nunca: por lo contrario, está cada vez más ahogado.

—¿Y qué propone usted?

—Nada. Poner la ciencia al servicio del disparate...

Un escritor francés que estaba con nosotros sonrió levemente, mientras en los ojos se le encendía una chispita de latina aprobación. En cambio, un corredor británico —pipa, shorts— se quedó viendo con los ojos de pizarra, el agua quieta de la alberca del hotel. No dijo nada. Pero todos sentimos la rotundidad de su desacuerdo.

No me extrañó el asunto cuando vine a saberlo.

Pocos días de permanencia y de conversación con el árabe en aquel hotelito inolvidable, me habían dado la certeza de que, tarde o temprano, Al Jaschid inventaría o descubriría una aplicación perfectamente disparatada de la química.

Tenía, indiscutiblemente, "elán" poético. Envuelto en una túnica semi-aérea, cerraba los ojos para hablar de sus viajes:

—Ibamos navegando por las Columnas de Hércules. La noche estaba llena de ojos, y el mar se despeinaba una melena brutal...

O bien:

—¡Las palmeras!... ¡Ah, las palmeras!...

Era el acento. No eran las palabras. Decía aquello con un acento tal, que en la mente de sus interlocutores se pintaban nítidos, el desolado paisaje del Sahara, o los mercados beduinos, o... ¡A eso vamos!

Una tarde tomábamos el té. El cielo empezó a cambiar de tonos, y, con el cielo, también el agua de la piscina, porque llegaron unas ninfas en mallas de todos estilos, colores, y hechuras. Displicentemente, con la dignidad del hombre que sabe tomar té, me dijo entonces el químico:

—Eso de la monogamia es una estupidez...

Esperé que fuese desgranando uno a uno los argumentos conocidos, que con tanta firmeza y documentación rebaten nuestros textos de moral. Pero no fue así. Continuó:

—Si es cierto que hay un cielo, ese debe ser el



de Mahoma. No me crea un epicúreo... es que sin la vida sensual no hay imaginación posible, y en donde no hay imaginación podrá haber cualquier cosa, menos cielo...

Antes del triunfo, el único que supo de su hallazgo, fui yo. Por eso tengo la primacía del relato, con los derechos de la idea inscritos bajo el Nº A-7291 del Libro Cuarto de Inscripción de la Propiedad Químico-Literaria del Instituto Universal de Tecnología. Me hizo la confidencia después de unas cuantas noches de juerga en todas partes. De Nueva York a París, de París a Washington, de Washington a la sede del Instituto. El árabe solía beber lentamente, con una gran parsimonia, pero en cantidades muy dignas de estimación.

—Venga usted a ver...

Me mostró una caja como esas en que los niños guardan sus cubitos con letras o los trocitos de construcción. Sólo que aquí había pequeños rectángulos de unos seis por cuatro centímetros, de una especie de yeso reseco, de diferentes tonos de rosado y amarillo.

—¿Qué es esto?

—Ya lo verá.

Y en vez de invitarme a té o whiskey, sacó una tabaquera de rapé, y me ofreció un polvillo blanco. No supe qué hacer con el polvillo, de modo que esperé a que él me diera el ejemplo. Puso una cantidad pequeña en la uña del pulgar, y lo aspiró

por la nariz, como un perfume. Yo lo imité. Seguimos conversando de diversos tópicos, y repetimos la hazaña varias veces. De pronto la atmósfera se puso levemente dorada. Debió de ser la hora.

Abn Al Jaschid tomó —recuerdo bien— el rectángulo número seis, que era de un tono terracota, y me llamó al cuarto de baño.

—Pase lo que pase... ¿Me jura que no lo dirá a nadie todavía?

Juré con toda la solemnidad del caso.

Colocó el rectángulo en el piso y abrió la llave de la ducha. El agua fría empezó a caer sobre el ladrillo de yeso, que la sorbía con una avidez increíble. Y se iba hinchando. Subiendo. Tomando estatura y color y... ¡cuerpo entero de mujer!

—Se la presento: es Edith Mellow, modelo de Los Angeles...

Sin duda por su profesión, la chica no se extrañó de ver su morena y turgente desnudez, frente a dos hombres.

—Very glad to meet you...

No le respondí el cumplido por no hablar innecesariamente. La señorita Mellow estaba de rechupete...

Más tarde, el árabe me explicó. En la cajita de pequeños ladrillos tenía su harem, porque en los Estados Unidos es ilegal la poligamia. "Una estupidez!" Se encontraba, pues, a cubierto de todo riesgo jurídico y judicial, mediante ese descubri-

miento, que estaba al final de la Cadena de Carbono cuyo estudio le encomendara el Instituto.

—Están deshidratadas, conforme a mi procedimiento secreto. Cuando quiero la presencia de una de ellas, no hago más que combinar la pastilla con H^2O, que también llamamos los químicos "hidruro de oxidrilo", y que se puede encontrar en cualquier grifo. Luego, las torno a deshidratar. No sufren. Por lo contrario, les complace. ¿No es así, Edith?

—¡Oh, yes!...

* *
*

Dos estupefacciones más me guardaba la caja de sorpresas de mi amigo el árabe.

Me produjo la una, cuando me indicó que, luego de cavilar, había llegado a la conclusión de que era conveniente y humanitario, hacer público su descubrimiento.

—En una sociedad tan llena de rutinas y de pequeños intereses, tan ahita de su propia técnica, en que ya la gente empieza a desconfiar del valor de las ciencias y del gozo de la vida, esto va a tener más alcances que la desintegración del átomo. Bien sé que si pregunto sobre esto a los políticos, a los clérigos, a los moralistas, van a poner el grito en el cielo... Por eso hice una encuesta entre poetas y pintores, entre músicos y borrachos. Y todos están

de acuerdo en que es necesario, porque va a producir un desquiciamiento...

La otra sorpresa fue que un día me mostró, en su despacho, un grueso tomo escrito de su puño y letra, en caracteres árabes. El título estaba en árabe y en inglés. En este idioma pude entenderlo. Rezaba "HACIA LA PAZ MUNDIAL POR LA IMAGINACION". Eran como novecientas páginas.

—Es una obra escrita para que la entiendan los sociólogos y otras gentes sin imaginación —me indicó—. Ya la traducción al inglés está por terminarse, y, en cuanto se concluya, editaré la obra por mi cuenta.

* *
*

En el Universal Technologic Institute había esa mañana de invierno, reunidos alrededor de setenta estudiosos. Se trataba de la adjudicación de los premios Novel, establecidos por el millonario K. W. Novel, de Massachusetts, para premiar las novedades máximas en cualquier rama de la ciencia o del arte.

Ahí químicos franceses y matemáticos alemanes. Ahí mecánicos y poetas de fama mundial. Ahí entendidos en boxeo y en fabricación de conflictos internacionales, ahí pacifistas y toreros. Todas, prácticamente todas las actividades del hombre, como

bien saben mis lectores, se hallan representadas en las famosas sesiones del Fideicomiso Novel.

Y los asistentes estaban de acuerdo en conferir a Abn Al Jaschid el premio, el único premio, por sus mujeres deshidratadas, que tanto consuelo habían traído a corazones tristes, y tanta paz a muchos hogares celosos.

Sin embargo, lo encontraban inmoral. No. Francamente, no se podía...

—Pero sería injusto no otorgárselo...

—Sería injusto...

De aquella brillante reunión de eminencias, había de salir una fórmula que conciliara los intereses de la ecuanimidad con los de la ética. Y salió. Se dispuso otorgar a mi amigo el árabe, el Premio Novel de la Paz, por su libro sobre el poder de la fantasía en las relaciones internacionales, libro, por cierto, que muy pocos conocían y que los políticos no habían apreciado en todo su valer.

Conforme lo requieren las bases del Fideicomiso, el premio debería ser entregado con gran pompa y ceremonia, en la casa de habitación del favorecido.

* *
*

Llegó el día fijado en el acta. Amaneció cayendo una lluvia delgada, punzante y fastidiosa. Soplaron vientecillos helados. Hacia el mediodía, se descol-

garon unos nubarrones grises, y un robusto huracán empezó a batir puertas. Abn Al Jaschid fumaba su narguile, cuando el ventarrón le llevó parte del tejado, en el saloncillo de la biblioteca. No pudo hacer mucho caso al incidente, porque en ese momento llegaban, mojados a más no poder, los tres ministros del Fideicomiso Novel, con el pergamino, la medalla y el cheque, precedidos de banda militar y seguidos de un hormiguero de fotógrafos de prensa.

Lo que vieron, fue la ruina de mi amigo el árabe.

El ganador del Premio Novel de la Paz, tenía su casa en la más desastrosa de las guerras, como bien registraron las películas cinematográficas y las placas fijas, y como el lector, sin duda, pudo advertir en el diario que llega a su casa.

Al levantar el viento el trozo de techumbre, la lluvia, ya impetuosa, cayó sobre la librera en donde estaba el harem deshidratado. Y la guerra no era sólo entre Zulema y Astrid, Abdara, Edith, Pilar y las demás... Se hubieran tolerado recíprocamente, de no haberse también mojado aquel trozo de yeso, cuyo número no registra la historia, y que se hacía llamar Cristina... o Jorge...

SECRETO ABSOLUTO

Con palabra firme y casi ruda, el hombre ordenó:

—¡Duerma!

Había sido lo último que Felipe escuchara conscientemente. Ya cuando corrieron los cortinones de la ventana, no oyó siquiera el chirrido de las argollas metálicas. El cuarto había quedado en penumbra, y sin embargo, él veía una luz lechosa que se venía abriendo paso.

—¡Hable, le digo!

Y empezó lentamente, para proseguir luego con más holgura y rapidez:

—Un parque... un niño... soy yo...

—¡Siga!

Los dedos trémulos del hipnotista se crispaban en un duro esfuerzo magnético, bajando sobre el rostro tenso del sujeto.

—El niño está jugando solo, con una pelota...

El doctor Gumier no desprendía los ojos de ambos. Iba apuntando todos los detalles, y bajo el puente de sus gafas, el ceño apretaba por momentos.

Cuando Felipe despertó, le ofreció un vaso de leche y lo hizo recostarse en un diván.

—Descanse: no se preocupe...

* *
*

Los albores del psicoanálisis tenían fe en el auxilio del mesmerismo, y el Dr. Gumier era uno de los más fervientes partidarios de esa técnica. Se valía siempre de Horacio Germán, por muchas razones. Sobre todo, porque Horacio era discreto y eficaz. Más de ciento veinte fichas había en el tarjetero del doctor; de todas ellas tenía conocimiento el hipnotista; pero ni el mínimo secreto había salido jamás de su boca. Si hubiera querido hacerse rico de golpe, habría podido, porque entre tales secretos los había de damas muy alcurniadas y de políticos triunfantes.

* *
*

Las once de la noche. Solo, en su gabinete, el psicoanalista se encuentra aún trabajando. El caso es desconcertante. Ni Freund, ni Jung, ni Adler, ninguno de esos libros densos que están desordenados en diversos sitios de la clínica, le ha dicho jamás de esto. No es un complejo conocido. Es un complejo de complejos. Ahí elementos vegetales, como la insistencia en la palabra "raíz", y elementos de un carácter tan abstracto como la voz "insensatez". Evidentemente, no es el complejo de Edipo. La cosa no parece tener, ni remotamente, vinculaciones con el tema sexual que predomina en la técnica. Aquella ficha es un mosaico. A veces la atraviesan los rayos violeta del misticismo más acendrado, y por momentos, como en zig-zag, cruzan las líneas escarlata de los instintos belicosos. Pero no hay, no se ve, no se palpa por ningún lado, un hilo que dé congruencia y estabilidad al cuadro clínico.

—Mañana será... —se dice el fatigado médico.

* *
*

Las mismas once de la misma noche. Solo, en su dormitorio, Felipe se encuentra aún meditando. ¿Qué habrá dicho?... ¿Por qué esa reticencia del Dr. Gumier, que no lo ha querido informar de nada? ¿Por qué ese silencio de Horacio Germán, que ni siquiera se ha dejado seducir por el ofrecimiento de una fuerte suma?... Será posible tener un secreto de tal laya, que sólo pueda ser conocido de otros dos hombres, y no del propio dueño?...

Se le viene, de pronto, la palabra "raíz". ¿Será porque buscaban la raíz de esos ataques aparentemente epilépticos, frente a los cuales fracasarán los clínicos y los neuropatólogos?... ¡No! Eso es "insensato". Debe de ser —piensa— porque las manos de Germán frente a mis ojos, se agitaban como un manojo de raíces vivas...

* *
*

Ninguno de los tres hombres ha dormido. El alba los encontró a los tres, con los ojos abiertos.

El Dr. Gumier, se ha desvelado pensando en la ficha sicoanalítica. Pensando a retazos y con sobresaltos. Por instantes parecía dormirse, y entonces una bruma envolvía sus razonamientos, que se hacían deshilvanados, amorfos, casi ilógicos. Pero pronto le brincaba un músculo cualquiera, como si le enviase un mensaje telegráfico, y la mente se aclaraba, y los razonamientos —volvían a tomar su rigor matemático: Raíz... está hundida en la tierra... sustenta... ¿Es, entonces, una alusión al niño prendido del pecho de la madre? ¿Es una reminiscencia del tipo "Edipo"?... No puede ser, porque hablaba también de... ¿Insensatez?... ¿Insensatez?... ¿Cuál era la insensatez?...

Felipe se la pasó pensando en el secreto: ¿Cuál sería el insensato secreto que aquel hombre, con de-



dos como raíces, le había arrancado de raíz?... ¿No era insensato que aquellos dos hombres que no eran él, se guardasen así su propio secreto, como quien le roba el alma, para guardar el alma en un tarjetero?...

Horacio Germán estaba impresionado, porque nadie, antes de Felipe, le había costado tanto. Felipe decía colaborar. Había, en realidad, distendido su sistema muscular, hasta caer en el sillón como un saco de papas. Pero había sido, con todo, el caso más difícil. Y luego, había tenido respuestas tan... Aquel secreto le escocía. La obligación de callarlo, era la más tremenda que jamás recayese sobre su discreción. Hubiera querido estar en capacidad de gritarlo, de pregonarlo. Pero el Dr. Gumier le había encargado el más absoluto de los silencios:

—Ni a él mismo, ¿entiende?, ni a él mismo... hasta que no descubra el hilo... hasta que no halle una explicación científica y humanamente correcta...

* *
*

Amaneció lloviendo.

En el parque se esponjaba la tierra, y el agua llegaba hasta las raíces de las plantas. Era ya una obsesión. Se había puesto Felipe bajo la lluvia, expresamente, para empaparse, para sentir un alivio

a ese cansancio que sigue al insomnio. Sabía que era "insensato" quedarse ahí. Pero una fuerza extraña lo dominaba. La lluvia caía sobre él como sobre una planta más.

—Los hombres tenemos algo vegetal... se había dicho.

Luego se había mirado las manos. Las suyas no eran, no, como las de Germán. Las suyas eran regordetas, fofas, como hojas muertas de las que arroja el otoño. Pero eran también vegetales. Aquéllas, raíces; éstas, hojas...

Pasó una mujer, quizá hacia la misa arrebujada en un mantón negro. Pasó, calado y friolento, un lustrador de zapatos. Pasó un cartero en bicicleta. El agua hacía ruidos de insectos, y todo estaba como impregnado de un sentido de la vida, o de la muerte, absolutamente vegetal.

* *
*

—Doctor... he tenido que venir de nuevo... Debo de estar muy enfermo... Me acosa una obsesión, una cosa terrible, que sólo usted me puede aclarar...

—¿Y si yo le dijera, mi amigo, que tengo yo una obsesión, una cosa terrible, que únicamente usted puede ponerme en claro?...

Se quedaron viendo fijamente los dos hombres.

La mirada del anciano médico tenía una especie de ternura triste e impotente. Como la de la lluvia. Los ojos de Felipe estaban, en cambio, febriles. Bajo el arco terminante de cada ceja, comenzaban a ver al sicoanalista como con odio...

Citado para otro caso, llegó a poco Germán.

—Señores... el secreto me pesa, me duele, me corroe... Yo les pediría que me permitieran hablar... decirlo, gritarlo...

—¡Dígalo! —vociferó alterado Felipe.

Una mirada seca y fulminante del médico, cerró los labios del hipnotista, que ya se entreabrían para hablar.

—¡Devuélvanme mi secreto! ¡Devuélvanmelo, ladrones! ¡Entréguenme mi alma!...

Hizo un movimiento rápido y sacó un puñal del bolsillo. El viejo médico alcanzó a cogerle la muñeca y a detenérsela con ese poderío que sólo el miedo desarrolla. Germán se le quedó viendo al entrecejo, fija, cruelmente. Le pasó por el rostro, con lentitud el manojo de raíces vivas, y le ordenó con palabra firme y casi ruda:

—¡Duerma!

INDICE

Este volumen de la Colección Contemporáneos, a cargo de Trigueros de León, Director del Departamento Editorial del Ministerio de Educación, se terminó de imprimir en los Talleres del mismo Departamento el 7 de septiembre de 1961. San Salvador, El Salvador, Centroamérica.


ME
DE